

LAS MISIONES CATÓLICAS



Precios de subscripción

ESPAÑA: Un semestre, 4 ptas.; un año, 8 ptas.
EXTRANJERO: Un semestre, 5 francos; un año, 10 fr.

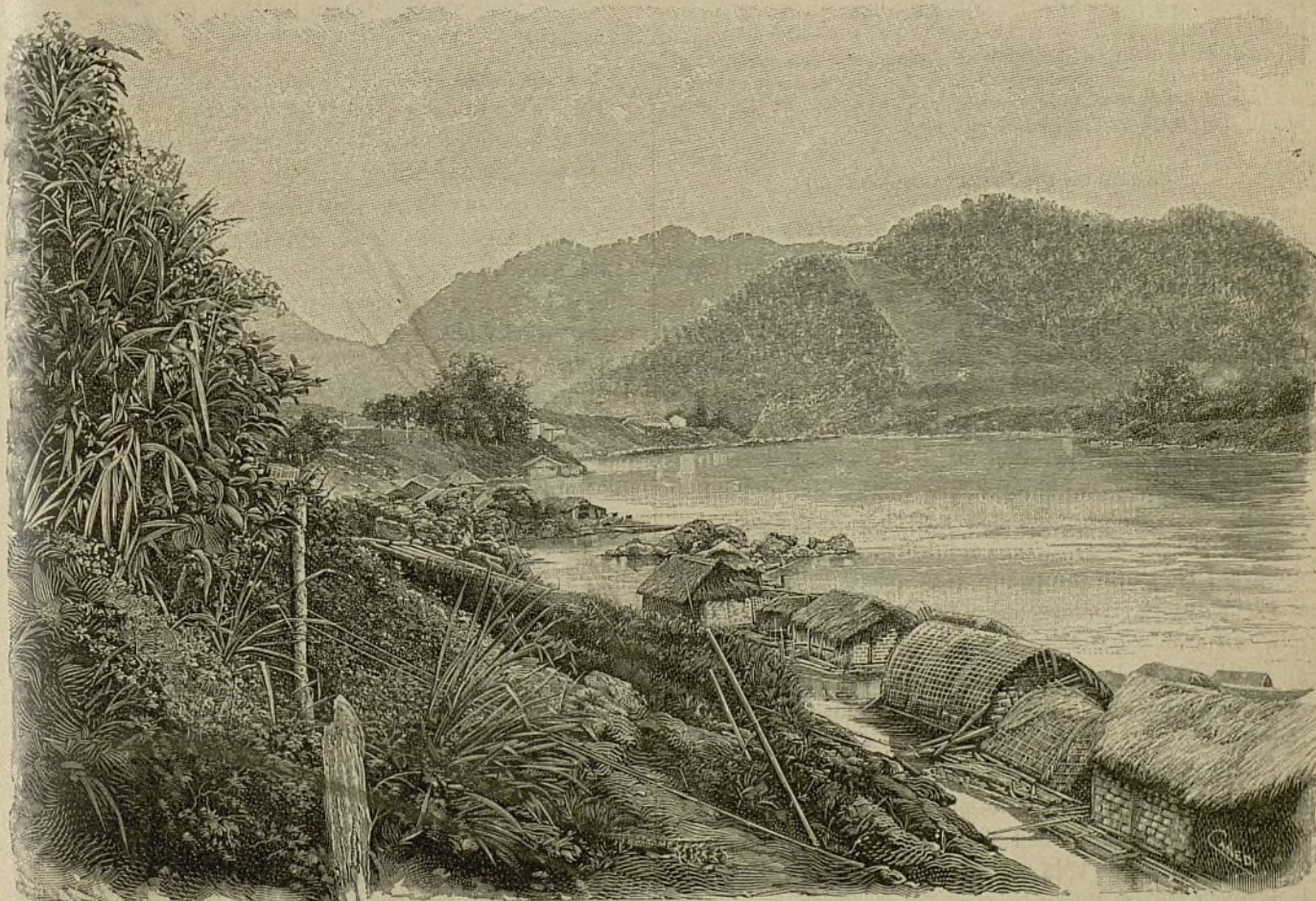
Se publica el 15 de cada mes

Año X. - Martes, 15 Julio 1902. - N.º 187

Advertencias

No se admite subscripción por menos de un semestre.
El pago puede hacerse en libranza, letra ó sellos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona



TONKIN.—EL RÍO CLARO: VISTA TOMADA Á CORTA DISTANCIA DE LA CIUDAD DE TUYEN QUANG; EN TERCER TÉRMINO Y EN LA CIMA DE LA MONTAÑA SE VE EL CASTILLO DE GIOVANINELLI

Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. (Pág. 159)

SUMARIO

Texto.—CORRESPONDENCIA: China; Oceanía; Islas Gilbert (Oceanía); Fuen Kiang sien: Nanning-Fu (China).—REPÚBLICA ARGENTINA: En el Neuquen.—EN LAS MISIONES DE CASANARE: Hechos de la revolución.—DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKÍN (continuación).—EL MAR LIBRE DEL POLO.—POR EL MUNDO.—BIBLIOGRAFÍA.—VARIEDADES: El pescadorcito Hurashima.—SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA «OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.»—¡SIGAMOSLE! cap. VI (conclusión) por Enrique Sienkiewicz.

Grabados.—TONKÍN: El río Claro: vista tomada á corta distancia de la ciudad de Tuyen Quang; en tercer término y en la cima de la montaña se ve el castillo de Giovaninelli.—Campo de batalla de Hoa Moc, en la orilla derecha del río Claro.—Columna conmemorativa de la batalla de Hoa Moc, dada en los alrededores de Tuyen Quang el 2 y 3 de Marzo de 1885.—Vista panorámica de la llanura de Ilo.—Ambulancia de Tuyen Quang.—Músicos tonkines.—Ilustraciones de la novela ¡Sigamosle!

CON LICENCIA ECLESIASTICA

CORRESPONDENCIA

CHINA

LOS MÁRTIRES DEL TCHE-LI SUD-ESTE

De primeros de Junio á fines de Agosto del año 1900 perecieron en manos de los boxers unos tres mil cristianos de Tche-ly-Sud-Este. De ellos muchos murieron con las armas en la mano luchando heroicamente contra las bandas de asesinos y piratas, pero otros, mujeres, niños, ancianos, fueron estrangulados, martirizados ó quemados única y exclusivamente porque eran cristianos y se negaban á apostatar. ¡Estos alcanzaron la palma de los Mártires!

Los detalles que no sin grandes dificultades se han podido recoger referentes á su muerte recuerdan las páginas más conmovedoras de las persecuciones de la primitiva Iglesia. De ellas puede juzgarse por el siguiente extracto.

CARTA DE UN JESUITA MISIONERO

En el pueblo de Nang-lao-seu el mandarín reúne á los cristianos, y les promete no sólo la vida, sino también su protección y la del Emperador, á cambio de la apostasía. Y los cristianos por boca de los principales de entre ellos contestan: «Antes morir que renegar de nuestra fe.» Al siguiente día los boxers se posesionan del pueblo; y aquella falange de héroes mueren al golpe del acero de los invasores ó en el interior del templo pasto de las llamas, siendo los únicos que no murieron tres niños de pocos años que fueron entregados á los bonzos. ¡El mandarín contó ciento cuarenta y siete cadáveres! Uno solo compró la vida apostatando.

En Yang-t'ai numerosas mujeres y jóvenes cristianas sufrieron cruelísima muerte para guardar su fe y su castidad. El P. Wibaux atestigua que mucho tiempo después de muertas las encontraron en la fosa común rodeadas de cadáveres putrefactos, que sus restos se conservaban intactos cual si en aquel instante acabasen de morir, que sus rostros respiraban encantadora placidez que contrastaba con el cuadro de corrupción que las rodeaba, y que sólo se adivinaba que no vivían por la lívida palidez.

Repetidas veces al acercarse los verdugos, cuando todo el mundo huía, ancianos débiles por la edad, vírgenes ó viudas viejas ó enfermas, y los pobres heridos

pedían les acompañaran al templo, y allí orando esperaban resignados y alegres la llegada del boxer, que después de invitarles á que apostataran y oída su enérgica negativa, les dejaba sin vida al pie del altar.

Numeroso grupo de cristianos huyendo de Chang-t'unn cayó en poder de los boxers: al verse prisioneros pusieron á rezar devotamente el Rosario: unos fueron muertos apenas rezadas las primeras *Ave Marias*; los otros llevados á la ciudad fueron ó estrangulados ó enterrados vivos junto con los cadáveres de las demás víctimas inocentes. ¡Y entre estos mártires los había que aun eran catecúmenos!

Invitado á sacrificar á los espíritus, Raimundo Li contesta:

—¡Hace largo tiempo que soy cristiano y no puedo renegar de mi fe! dicho lo cual descargaron sobre su cabeza el golpe de gracia.

En Lang-tseu-k'ias, Liou-eull-tauo, anciano de setenta años, fué incitado á apostatar, y negándose á ello le cortaron los cinco dedos de la mano, tormento al que contestó gritando:

—¡Soy cristiano, cristiano de la quinta generación!

Y acto seguido los verdugos le acuchillaron hasta dejarle sin vida.

Muchos fueron muertos por llevar escapulario. En Tchao-eull-tchoang (cristiandad del P. Bataille), Pablo Ki, joven de diecinueve años, dejó que sus padres huyeran, y quedó solo en su casa. Llegaron los boxers.

—¿Eres cristiano? le preguntan.

—¡Sí, soy cristiano! De no serlo no vestiría este escapulario.

Y á lanzadas y á tiros le dejaron sin vida.

En Ts'ao-tchoang, pequeño poblado, Tchao Malia, cayó al huir en poder de los boxers: al rededor del cuello llevaba su rosario, y al verlo los verdugos descargaron sobre su cabeza repetidos sablazos. Más de un año había transcurrido del día de su muerte, cuando su familia fué á retirar el cadáver de la fosa en que había sido enterrado, y con sorpresa vióle incorrupto; lo recogieron dándole con profundo respeto más digna sepultura.

Madres hubo que imitando el heroísmo de la madre de los Macabeos, presentaron sus hijos á los verdugos, pues preferían verles morir que en manos de quienes les hubieran educado para el mal. Una cristiana de Tei tchao, Marta Cheu-Teicheu, fué sorprendida por los boxers teniendo en brazos dos de sus nietecitas: herida se niega á comprar la vida apostatando, y deseando librarlas de caer en poder de los paganos pide á los verdugos maten primero á sus dos nietecitas, ve luego morir á su anciana madre, y al fin muere ella en manos de aquellos hombres sedientos de sangre cristiana.

Dos cristianos que con su conducta nada ejemplar habían escandalizado á sus hermanos, aprovecharon con alegría el martirio para reparar sus faltas.

Muchos cristianos confesaban su fe y eran muertos en el acto, pero otros debieron sufrir atroces y largos tormentos. En Cheu-cia-leou, Ignacio Cheu, joven de veinticinco años, se negó á apostatar, y cogiéndole le metieron un hierro que entrándole por la rodilla le salió por el pie. La fuerza del dolor le arrancó un gemi-

do, al que contestaron los verdugos cortándole las manos y luego macerándole el cuerpo hasta que expiró.

En la cristiandad del P. Lemuller, misionero que también murió mártir, el administrador de la parroquia de Chan-t'a, hombre principal, cuya autoridad y ejemplar conducta contribuyó en gran manera al aumento de la fe y piedad de estos cristianos, fué aprisionado por los boxers, quienes testificaron una vez más su crueldad cortándole uno por uno todos sus miembros, suplicio que el heroico cristiano sufrió sin exhalar una queja, y repitiendo sin cesar los nombres de Jesús y María, é invocándose murió.

En Lipu-Kia Yuan, el cristiano T'ien-Koung-ming sufrió igual suplicio, elevando constantemente al cielo la invocación: ¡Jesús, salvadme! ¡Jesús, salvadme!

No menos valeroso se mostró entre los mayores tormentos el cristiano Pablo P'ei, del pueblo de Tong-Tzeu Kie.

En presencia de los tribunales de los mandarines los cristianos confesaron gloriosamente su fe.

Ou-Wenn-Yinn, administrador de la parroquia de Tong-eull-t'eou (cristiandad del P. Gaudmart), apuró cuantos medios tuvo á su alcance para impedir la destrucción de la iglesia. El mandarín mandó cogerle, y Ou-Wenn preveyendo la suerte que le esperaba, postróse á los pies de su madre y le pidió la bendición. Esta heroica mujer le dijo:

—Hijo mío, si renegares de tu fe no serías mi hijo.

—¡Madre, no temáis! Con la gracia de Dios estoy pronto á morir antes que renunciar á mis creencias.

El mandarín le invitó á apostatar: á su rotunda negativa mandó fuese golpeado hasta que cayó por tierra perdido el sentido. Al recobrarlo le preguntaron si persistía en ser cristiano, y como afirmara la inquebrantable firmeza de su fe fué de nuevo apaleado, y luego el mandarín le condenó á sufrir lenta y cruel muerte: mandó que atándole una cuerda al rededor del cuello le colgaran en el interior de una caja de madera.

—Cuando veréis que mis labios se agitan ó tiemblan no creáis que pronuncien las palabras del apóstata: sino ferviente plegaria al verdadero Dios, dijo á sus verdugos el intrépido mártir.

Instantes después de haberle colgado en el interior de aquel instrumento de tortura, viéronle mover los labios y luego palidecer: los verdugos le sacaron de la caja y espiró sin exhalar una queja.

Referiré, para terminar, el martirio de la familia Ki en la ciudad de Ki-tcheou. Esta familia constaba del abuelo Mario Ki, de 66 años de edad; de la mujer del primogénito, la que tenía cuatro hijos; de su hijo segundo, casado también y con una hija y dos niños, y de Magdalena, de setenta años de edad, madre de la mujer del primogénito, y de una de sus nietecitas.

El día 7 de Julio, á las nueve de la mañana, los subalternos del mandarín invadieron la habitación de esta familia, arrestaron á todos los presentes en número de trece, y les obligaron á subir en carretas al efecto preparadas. La más anciana de las mujeres negóse á subir, por lo que le cortaron la cabeza y la ataron en el carruaje para que su vista aterrorizara á los demás.

Llegaron los cristianos á las puertas de la sala del tribunal, y el portero en nombre del mandarín les dijo debían renegar de su fe. Ki en nombre de todos contestó que hacía mucho tiempo eran cristianos, y que no podían abandonar su Religión. Al oír esta respuesta, que fué confirmada por toda la familia, el portero entró en la sala del tribunal, y salió luego llevando en la mano un papel rojo firmado por el mandarín, en el que se contenía la sentencia de muerte dictada contra toda la familia. Confió á un boxer el cumplimiento de la sentencia, y mandó que las víctimas fuesen llevadas al lugar del suplicio, situado en la parte occidental de la ciudad.

Por el camino uno de los soldados quitó el escapulario á un neófito que lo vestía ostensiblemente.

—Devuélveselo, le dijo otro soldado; teniendo *esto* al cuello sufren la muerte más valerosamente.

Llegados al lugar del suplicio el venerable anciano pidió morir el último. Le concedieron este *favor*. Dirigió heroicas palabras de consuelo y valor á todos, y vióles uno tras otro morir sin temblar confesando á Jesucristo. Muertos todos, él voló también á gozar de la victoria.

Asombrados los paganos decían:

—Es admirable la intrepidez con que los cristianos desafían la muerte. ¡Algún brevaje europeo les habrá cegado el alma!

¡Tanto pueden la fe, la gracia de Dios y la esperanza del cielo!

OCEANÍA

TOMA DE HÁBITO EN MOAMOA

Pues es buena prueba del cambio que en aquellas lejanas islas va operando el trabajo de los misioneros, publicamos gustosos la siguiente carta del Hermano Felipe, director de los Hermanos Maristas que misionan en Oceanía.

El 1.º de Enero del corriente año hubo en nuestra capilla una ceremonia que fué para los indígenas motivo de gran fiesta. Uno de ellos, un postulante que durante dos años nos ha dado excelentes pruebas de piedad, constancia y fervor, recibió el santo hábito de manos del Ilmo. Broyer, el vicario apostólico tan querido de cuantos pueblan Samoa. Su ilustrísima, al que acompañaban dieciocho Padres Maristas, quiso presidir la vestición, y la renovación de votos que acto seguido hicimos los Hermanos.

Numerosa muchedumbre compuesta de alumnos de las escuelas de los Hermanos y de las Hermanas, de catequistas y gentes venidas de los pueblos vecinos asistió devotamente á la piadosa ceremonia y tomó parte á la dicha y alegría del feliz postulante. Nuestra capilla era incapaz para contener tanta gente.

Su ilustrísima les dirigió la palabra conmoviéndoles hasta hacerles derramar lágrimas. Las preguntas y respuestas propias del acto de la toma de hábito, que fueron traducidas y dichas en samoán, causaron también en el ánimo del pueblo profunda impresión.

Su ilustrísima le impuso el nombre de Juan Bautista, y le exhortó á imitar á su glorioso patrón y á perseverar en la vocación que Dios le ha dado, cumpliendo sus

deberes tal como los cumpliera el difunto Hermano asistente, que llevaba el mismo nombre y del que guardan estos pueblos gratísimos recuerdos.

Después de la toma de hábito, el Hermano Marcelino, indígena también, pronunció el voto de obediencia, y los demás Hermanos renovaron sus votos.

Acabada la ceremonia religiosa la familia y los amigos del nuevo Hermano le rodearon felicitándole.

Y empezaron las diversiones que en estos pueblos indígenas acompañan siempre las fiestas religiosas. Primero se repartieron víveres, consistentes en grandes cantidades de carne de buey y de cerdo, gallinas, bananas, etc., etc. Cada colegio, cada pueblo tuvo su parte y no escasa.

Dióse principio al banquete, banquete monstruo por el número de comensales y por la abundancia de víveres. La mesa principal la preside Su Ilma., y á ella se sientan veintiséis Padres y Hermanos. La mesa de los invitados es igual á la de que se sirvieran los que lo fueron cuando la multiplicación de los panes y peces. Era espectáculo que tenía especial encanto, algo que recordaba las escenas fraternales de la Iglesia primitiva.

De conformidad con las costumbres del país á la comida siguieron los bailes, y era cosa digna de verse aquellos grupos de jóvenes saltando cadenciosamente, avanzar y retroceder con notable precisión y unidad. A la danza acompañaba el canto, el canto monótono y triste de los pueblos salvajes. Y ni en cantos ni en danzas nada que fuese contrario á las buenas costumbres ó á la moral.

Llegó la noche; la multitud se dispersó, cada hombre regresó á su hogar llevándose la gratísima impresión y el recuerdo indeleble de este día, que fué uno de aquellos que hacen amar la Religión y contribuyen á hermanar esos pueblos, felices de ignorar muchas de las exigencias de una civilización refinada.

ISLAS GILBERT (OCEANÍA)

De una carta dirigida por el Ilmo. Leray á una bienhechora, entresacamos los siguientes párrafos:

CARTA DEL ILMO. LERAY, MISIONERO DEL SAGRADO CO-
RAZÓN DE JESÚS, OBISPO DE REMESIAN, VICARIO APOS-
TÓLICO DE LAS ISLAS GILBERT.

Nonuti.

Me pide V. detalles de nuestra Misión de Gilbert, y con muchísimo gusto voy á satisfacer su deseo.

Patricio y Juan, los protegidos de V., disfrutan de perfecta salud. Patricio es un catequista excelente; quisiera convertir á todos: el gobernador inglés (á petición de los protestantes) se vió obligado á decirle que moderase algún tanto su celo. Juan en un principio se entibió un poco, pero tiene buenos sentimientos y es sumamente adicto á la Religión católica; ha sido también catequista; ambos son padres de familia.

Estoy convencido de que el Rdo. P. Bontemps, que tanto les ha amado y que tan bueno se mostró para con ellos, les protege desde lo alto del cielo y continúa siendo su ángel tutelar en el camino de la vida.

Continúe, señora, protegiendo las Misiones, y permítame que le recuerde las palabras de Bourdaloue á las damas de París:

«Señoras, reconoced como una gracia especial de Dios la inclinación que os impulsa á hacer obras buenas. No temáis que por ellas disminuyan vuestros negocios temporales. Dios los tomará á su cargo, y mientras socorráis á sus hijos es El sobradamente dadivoso y rico para poder daros el ciento por uno. Os admirará ver las obras sostenidas por vuestra caridad, florecer y llegar hasta más allá de lo que se atrevieran á aspirar vuestros deseos. Serán éstas, pues, nuevas gracias y bendiciones que Dios derramará sobre vosotras. Cuanto más deis más tendréis para dar, y lo que es más importante al repartir vuestras limosnas acaparáis frutos de justicia y de santidad que, cambiados en tesoros de gloria, vivirán con vosotros por los siglos de los siglos.»

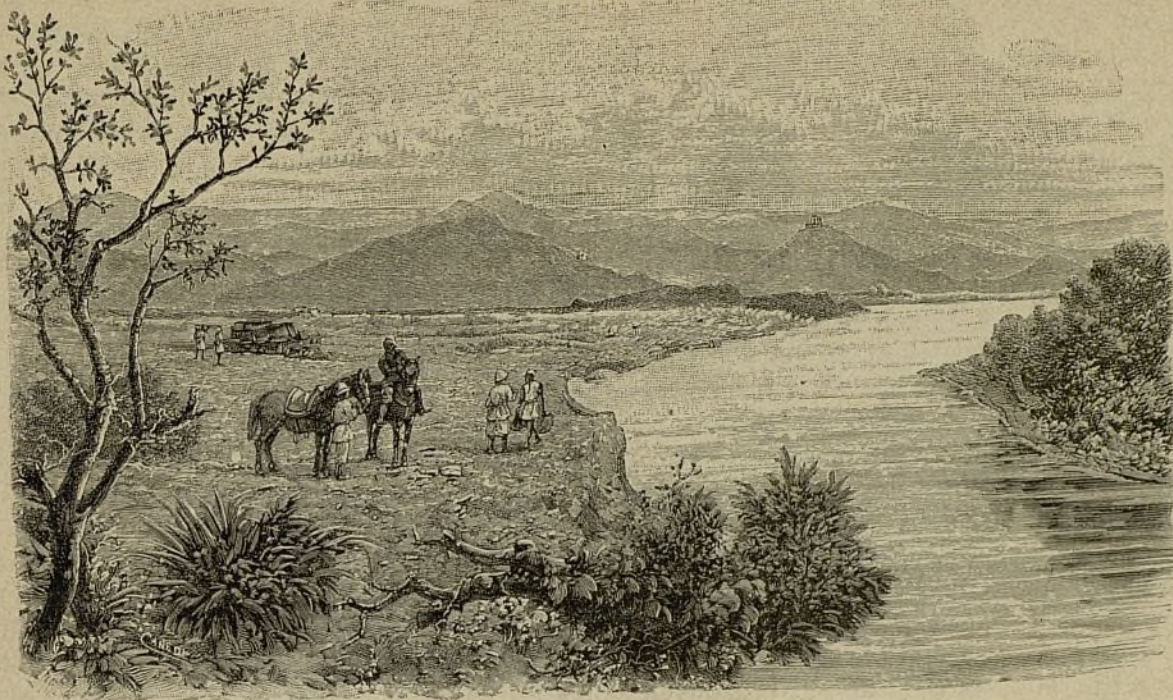
Vuestra madre, señora, comprendió la verdad de estas palabras y ahora gusta de las delicias celestiales. Lo que fué origen de su gloria será también, á no dudarlo, origen de la vuestra.

El Rdo. P. Bontemps toda su vida había pedido ardientemente tener una isla en Gilbert enteramente convertida al Catolicismo. Dios, en sus inescrutables designios, lo había diferido para después de su muerte. En efecto, apenas habían transcurrido dos meses del día en que el citado Padre entregó su alma al Creador, se convirtió como por encanto la isla de *Apaiag*: hasta los maestros de la escuela protestante vinieron á pedir el Bautismo. Hoy *Apaiag* es la isla del Rosario, y en ella la Santísima Virgen hace verdaderos prodigios. Poco tiempo hace se apareció en *Apaiag* á un joven pagano llamado *Tenhopua*. Este había pedido un rosario al Padre, prometiéndole que lo rezaría cada día. Algún tiempo después cayó enfermo, y el Padre estaba ausente; redobló sus plegaria para alcanzar la gracia de ser bautizado antes de su muerte; la enfermedad progresaba rápidamente. Una tarde varios indígenas vieron pasar por el camino una hermosa dama blanca con un lindísimo niño en brazos, blanco también. Jamás habían visto en la isla mujer semejante á aquella en majestad y hermosura; se le acercaron y le preguntaron con la mayor sencillez:

—¿De dónde venís y á dónde vais?—La dama les responde: «Vengo de vuestro templo, donde soy poderosa. Voy á asistir á un joven que está en peligro de muerte.» Y en aquel mismo instante el enfermo la vió. Y la Señora mandó que pidiese un catequista indígena para bautizarle.

Acudió el catequista, le preparó á bien morir y le dió el Bautismo: el moribundo vivió algunas horas, y minutos antes de espirar vió por segunda vez á la Santísima Virgen con su Divino Hijo Jesús, y mostró con el dedo el lugar donde la veía, siendo este su último ademán: cerró sus ojos y espiró plácidamente...

Este hecho lo he sabido por testigos oculares, quienes me lo contaron cuando hacíamos la visita pastoral. La Virgen bajo las advocaciones de Lourdes y del Rosario protege visiblemente la Misión del P. Bontemps. ¡María es más fuerte que los ejércitos todos puestos en orden de batalla; Ella combatirá con nosotros al Paga-



TONKIN.—CAMPO DE BATALLA DE HOA MOC, EN LA ORILLA DERECHA DEL RÍO CLARO.—Reproducción de un dibujo á la pluma remitido por un lugarteniente francés. (Pág. 156)

nismo y la Herejía, y será la salvaguardia de nuestro rebaño de 10,000 católicos!

Quisiéramos hacer prosperar nuestra Misión y realizarla ante la herejía, pero tenemos pocas casas. Las Hermanas no tienen otro asilo que una casa indígena, y lo propio les sucede en las islas *Nukunau, Peru, Tapituea, Farara y Opaig*.

Sufrimos con gusto estas privaciones, pero nos hacen falta recursos, sin los que nada ó casi nada podemos hacer. Con 1,000 francos podríamos contentar á estas buenas Religiosas haciéndolas una casita en una isla. Bendiga Dios y su Santísima Madre, Nuestra Señora del Sagrado Corazón, á aquellos que tienen deseos de ayudarnos con sus limosnas.

NOTA.—Sabemos que la bienhechora que recibió esta carta envió á Su Ilustrísima mil francos para construir una casa en *Nonuti*. No queremos hacer traición á su deseo, el de quedar ignorada.

FUEN-KIANG-SIEN (CHINA)

Del misionero español P. Fr. Lorenzo Alvarez López, uno de los Agustinos que con tanto empeño trabajan en la evangelización del Imperio chino, es la siguiente interesante carta, que no dudamos será leída con sumo gusto por nuestros subscriptores.

R. P. VÍCTOR GONZÁLEZ.

27 de Marzo de 1902.

Con algún miedo, pues me decía V. en la anterior que pronto se publicaría la última que le escribí, contesto ahora á dos tuyas cuya fecha ya no recuerdo, y sí sólo que eran del año pasado. Aunque sí deseo que muchos sepan cómo nos va en esta tierra y qué es lo que hacemos, para que los pudientes de buena voluntad nos ayuden con sus limosnas sobre todo á sostener la

Santa Infancia, hay que tener presente que no escribo bien, y que no sé hacerlo mejor, pues hasta lo poco que aprendí se me va olvidando.

Creo que le escribí la última vez desde Hankow, donde me estuve curando de la fiebre malaria: salí de allí en Octubre con buena salud, gracias á Dios: El se digne conservármela, si me conviene, para bien de mi alma y de mis prójimos. Entonces me destinaron á Fuen Kiang sien, en donde desde algún tiempo estaba un sacerdote chino. Esta Misión la heredamos ya de los Padres Franciscanos; y como por causa de las persecuciones y escaso número de misioneros, no habían podido ser visitados los pocos cristianos que aquí había más que una ó dos veces al año, estaban muy tibios ya y algunos casi paganizados; y lo peor es que unos pocos así siguen todavía, pues el demonio ha sabido enredarlos con tales lazos, que se necesitan verdaderos milagros de la gracia para romperlos.

Desde antes de venir yo, como el Señor nos concedió paz en todo el vicariato, empezaron á acercarse á la iglesia no pocos paganos, y aunque mi predecesor no bautizó aquí más que un adulto, y yo hasta ahora ninguno, no me cabe duda de que muchos son de los que trae el Padre celestial. Yo, que de los cuatro adultos que bauticé en Se mei tien, tuve el desconsuelo de ver apostatar á uno, ando con mucho tiento ahora, y mientras no haya peligro de muerte, quiero dar mucha fuerza á la prueba del tiempo.

Al llegar aquí, el mandarín civil hizo esfuerzos no pequeños para que no saliese de esta Misión mi predecesor: antes de encargarse del gobierno de este distrito había estado empleado en la aduana europea de Yo tcheou, y sabe tratar á los europeos y sabe también cómo suelen ser tratados de ellos; así es que temía encontrarse con uno que le trajese siempre al retortero; mas ahora, según he oído, ya no le pesa del cambio del

misionero, ni en adelante se apurará por que el misionero católico de su distrito sea chino ó europeo. Conmigo se porta demasiado bien. Seis ó siete veces me invitó á comer en su tribunal, y siempre me excusé lo mejor que pude, diciendo que no sabía aún las ceremonias de etiqueta de esta tierra, y por tanto que temía ofenderle á él y á los demás convidados que me acompañasen.

Verdadera era esta excusa; pero más fuerza me hacía otra que me callaba, y es que un convite se suele pagar con otro convite, y yo no tengo habitación decente donde darlo, ni viandas, ni en qué servirlos, y, en fin, ni palillos más que los que yo uso, y que aunque no soy chino los manejo menos mal. Además debía ir al tribunal en palanquín, y éste y los cargadores, ó cuando menos éstos me habían de costar *chapecas*, y como nos hacen falta más de las que tenemos para salvar niños y abrir residencias nuevas, de todos aquellos gastos me quería librar.

Al fin venció la constancia del mandarín, y á tanta importunidad hube de ceder, pues temía ofenderle con nuevas negativas: al día siguiente de haberle dicho que me tenía á sus órdenes para el día que quisiese invitarme, aunque, si acaso fuese día de abstinencia yo no podía comer carne (y aquí son de abstinencia todos los días de Cuaresma y los viernes y sábados de todo el año), poco después de mediodía estaba á la puerta de la residencia una silla del tribunal para que en ella fuese al convite: junto á una mesa preparada completamente á la europea, me esperaba el mandarín solo, cuando yo llegué, muy satisfecho por darme tal sorpresa.

Estábamos en la Cuaresma, y tan bien se habían procurado enterar de lo que podía ó no podía comer yo, que no me vi precisado á rechazar ningún plato. Comimos, pues, él y yo solos, y aunque los platos fueron muchos, pasamos el rato en tan animada conversación, que se me hizo breve el tiempo. Concluido el banquete, de nuevo una silla del mandarín me condujo á mi residencia, quedando él muy contento por haber tenido el gusto de obsequiar en su casa á un europeo á la europea, y yo llevándome el agradecimiento en el corazón, sin poder manifestarlo más que con los labios, como le indiqué á él ingenuamente, porque soy pobre. Dios se lo pague como yo deseo, y es dándole á conocer la verdad y firmeza de corazón para que los respetos humanos no le impidan hacerse cristiano y fiel á la divina ley, para que así consiga la felicidad eterna.

Y no sólo el mandarín civil, sino también los mandarínillos militares que cuidan de la tranquilidad pública en el lago *Tong ting* y sus contornos, me visitan con frecuencia, y algunos me tratan con tanta familiaridad y confianza como si desde la niñez fuesen mis amigos. Uno de éstos vino hace poco menos de quince días á invitarme á ver los ejercicios que hacían casi todos los militares de esta región, que son cerca de 400. Aunque no tenía ganas de exhibirme allí, por no desagradarle le respondí que iría, mas al día siguiente algunas ocupaciones no esperadas me dieron suficiente motivo de excusa, y no asistí; pero al tercero envió dicho mandarín militar uno como alcalde de barrio, para que me invitase de nuevo y me acompañase: asistí, pues, y vi el

manejo de lanzas, que no me desagradó, y otros juegos más inútiles en estos tiempos. Se ejercitaron también en el tiro al blanco los mandarínillos ó oficiales solos, pero con escopetas tan malas, que algunas se disparaban al cuarto ó quinto golpe del gatillo, y una de ellas se fué por la chimenea, hiriendo en la frente al tirador. Me admiré de que siendo las armas tan malas diesen en el blanco las dos terceras partes de las balas, siendo así que distaba cuanto buenamente podían alcanzar éstas. Bien sé que no todos los soldados chinos tienen tan malas armas como los de esta región, y el día que todos las tengan buenas ¡ay de los que ahora se complacen en hacer leña del árbol caído! Yo amo ya al imperio chino como á mi segunda patria, y en él espero que descansarán mis huesos, y por tanto deseo verle pujante y glorioso; y en cuanto al estado en que ahora se halla, digan lo que quieran, yo más lo creo digno de admiración que de vilipendio.

Supongo que, según la prisa que se dan los chinos á introducir armas de guerra, pronto llegará el día de las venganzas, y la iniquísima guerra del opio, que tantos daños ha traído y sigue causando en los chinos, y que aun para nosotros es un gravísimo obstáculo que impide la conversión de estas gentes, pide que venga pronto ese día. Mientras llega, á nosotros toca suavizar sus costumbres con las máximas del Evangelio, para que las represalias no sean demasiado crueles.

Pero me he entretenido demasiado en relatarle cosas que nada ó muy poco le importan. De nuestra Misión ¿qué le diré? Que, gracias á Dios, aunque aquí hasta ahora se ve poco fruto, en otros lugares del mismo vicariato, y sobre todo donde está el P. José J. Martín, su connovicio, se van agregando muchos miembros á la Iglesia. El Señor les dé perseverancia, y confirme con su gracia eficacísima lo que es obra suya. A fin del año pasado y principio de éste se han abierto dos residencias nuevas, una en la ciudad de *Long yang*, y otra en la de *Nan tcheon tin*, de modo que yo, que hasta ahora tenía al misionero colateral más cercano á veintidós leguas de distancia, pronto le tendré á la mitad del camino. ¡Qué buena oportunidad esta para abrir residencias nuevas, ahora que los indígenas apenas ponen obstáculos! mas como los cristianos que hasta ahora tenemos casi todos son pobres, pues también nosotros parece que fuimos enviados para evangelizar á los pobres más que á los ricos, no nos pueden ayudar todavía gran cosa ni aun para abrir capillas entre ellos mismos, cuanto menos para que empleemos sus limosnas en abrir lugares nuevos. Todavía no hemos pisado la mitad del vicariato, y por falta de recursos pecuniarios y también de personal (¡pues qué somos veinte misioneros para ocho ó diez millones de habitantes!) hemos de contentarnos por ahora con cultivar lo que tenemos.

Procure V. que los españoles pudientes sean generosos, y ellos que obtuvieron primero la gracia de conocer á Dios y amarle, hagan ahora con sus limosnas que también éstos puedan conocerle y servirle, y así se pongan en camino de vida eterna, donde les serán para siempre agradecidos.

Mayor necesidad tenemos aún de socorros para la Santa Infancia; pues apenas alcanzan los recursos para sostener las niñas recogidas, y, por tanto, apenas nos

atrevernos á recibir más, aun en el peligro casi seguro de ser abandonadas por sus padres, y si sólo cuando las hallamos abandonadas: así es que entre tanto que la Religión católica no triunfe del Paganismo, seguirán pereciendo en China en cuanto al alma y en cuanto al cuerpo muchos millares de niñas y algunos de niños todos los años. Con esto de la Santa Infancia pasan casos verdaderamente tiernos: hoy mismo tuve casi que luchar con los padres y abuelos de una niña de ocho meses que á la fuerza querían dejar en mi poder, pues la extremada pobreza á que se hallan reducidos les obligaba á desprenderse de ella después de haberla alimentado por tanto tiempo: con una plática sobre la confianza en Dios (pues son gente que ya tiene fe) conseguí despedirlos, dándoles alguna limosna.

NANNING-FU (CHINA)

CARTA DEL HERMANO MARISTA LUIS JULIEN, DIRECTOR
DE NANNING-FU

Los sucesos de que ha sido y continúa siendo teatro el vasto imperio chino, la guerra y persecución que tantas víctimas causaron, da particular interés á cuanto dice relación con las Misiones establecidas en China. Por esto no dudamos que nuestros lectores leerán con gusto la siguiente relación de un viaje hecho por el que la escribe Hermano Luis Julien, director del recién fundado establecimiento de Nanning-fu, provincia de Kuang-si, relación que debemos á la amabilidad de los Hermanos Maristas.

Nanning-fu, 5 Febrero 1902.

El 14 de Diciembre recibí con gran sorpresa la noticia de haber sido nombrado director de Nanning, es decir, de haberseme confiado la fundación de un nuevo establecimiento situado á inmensa distancia de Cantón, ciudad en la que se encuentra el más cercano de nuestros Colegios. Dificultosa era la empresa, pero «mis superiores lo mandan, me dije; Dios suplirá mi flaqueza y me dará fuerza para cumplir mi misión.»

El 16 de Diciembre me despedí de mis alumnos, los de la escuela municipal, en la educación de los cuales debía sucederme el Hermano Emilio. Diéronme reiterados testimonios de afecto, pidieron ser fotografiados junto con el que hasta entonces había sido su maestro, é hicieronme numerosos regalitos. Un alumno se empeñaba en pagar una comida china á toda la Comunidad de San Francisco Javier.

En consecuencia no sin tristeza me despedí de aquellos queridos niños, y con tristeza mucho mayor de la numerosa y queridísima Comunidad de Changhai, en la cual he pasado días tan hermosos y para mí de indecible recuerdo. ¡Pero Dios lo quiere!

El 26 de Diciembre, acompañado del Hermano Pedro Alejo, que regresaba á Francia, del Hermano Visitador y de algunos Hermanos más, abandoné Changhai y me dirigí al embarcadero. En él encontramos al R. P. Robert, procurador de las Misiones extranjeras, quien al despedirme; y desearme éxito feliz, me confió varios encargos para los Religiosos que en el Nanning trabajan. Los excelentes Padres Lazaristas también vinieron á despedirme: pero lo que me causara más viva emoción fué ver á todos mis discípulos acudir, á pesar del frío, que era intenso, á darme el último adiós. Recuerdo que

uno me dijo: «¿Por qué marcha, Hermano? Changhai es buen país. Los chinos del Sud son malos é incivilizados.»

Un silbido nos anuncia que debemos embarcarnos: son las cuatro de la tarde. El Hermano Visitador, el Hermano Eustaquio, el Hermano Pedro Alejo y el que escribe subimos al *Wang-poo*, chalupa de las *Message-ries Maritimes*, y minutos después el buque empieza su camino. Entramos al salón, y la hora y media que emplea el vapor para llegar á Wosung la pasé gratísimamente hablando con el Hermano Visitador, cuyas palabras me infundieron aliento y valor para trabajar sin descanso.

En Wisung bajamos para cambiar de vapor. Después de largas horas de espera, el Hermano Pedro Alejo y yo nos separamos del Hermano Visitador y del Hermano Eustaquio, quienes reembarcaron en el *Wang-poo* para regresar á Changhai, mientras nosotros embarcábamos en el paquebote *Yarro*.

De Changhai á Hong-Kong

El 27 de Diciembre despertamos al Sud de las islas de Chusan (Tchussann), delante de Ningpo y á corta distancia de la bahía de Tan-Moun, que los italianos pretenden. En el departamento de segunda clase nos acompañan otros cinco viajeros: dos señoras francesas; un francés que se dirigía de Changhai á Francia para comprar automóviles; un exsargento que viajaba hacia al Tonkín, y un japonés que iba á Lyon para asuntos comerciales. Todos, al igual que jefes y marineros, son muy atentos y complacientes.

El domingo 29 entramos en el puerto de Hong-Kong. Dos buques de guerra franceses nos saludan, y el *Yarro* echó el áncora á mitad del puerto, y á pesar de fuerte viento Norte reinante, al momento le rodearon numerosas barcas para llevarnos á tierra. En una de ellas vimos un misionero: era el Hermano Pablo Chanel, venido de Cantón, junto con el P. Brun, auxiliar del P. Martinet, procurador de las Misiones extranjeras de Hong-Kong.

El Procurador de las Misiones extranjeras me recibió con los brazos abiertos. Sin entretenernos, pues el tiempo urgía, nos dirigimos á la Catedral para oír Misa, que celebró un Padre de las Misiones extranjeras de Milán. Los fieles llenaban por completo el espacioso templo, y eran en su mayoría portugueses de Macao, formando el resto algunos chinos y europeos.

Aprovechamos la tarde visitando los dos establecimientos de las Misiones extranjeras francesas: primero Nazaret, nombre de la imprenta donde se editan los libros chinos, anamitas, birmanos, etc., que usan ó regalán los misioneros.

Luego visitamos Betania, casa de salud y retiro para los misioneros ancianos ó enfermos. En ella saludamos al Ilmo. Chatagnon, obispo de Soei-fu, cuya salud está sumamente quebrantada por largos años de incesante trabajo.

El 30 nos despedimos del Hermano Pedro Alejo, que partió para Francia.

De Hong-Kong á Cantón

El 31 de Diciembre á las ocho de la mañana embarcamos en el hermoso *steamar* inglés *Kankow*, que nos debía conducir á Cantón. Cuatro horas de navegación precisaron para entrar en uno de los brazos del delta, el Si-Kiang ó Río de perlas, que es el río que cruza la ciudad de Cantón. Pasamos por delante la península de How-loon, cuya propiedad los isleños europeos del otro lado de la Mancha se han creído en el deber de reclamar, para de esta manera asegurar la defensa de Hong-Kong.

Sería poco más del mediodía cuando empezamos á remontar la corriente entrando por el brazo Norte llamado *Bocca tigris*, limitado á ambos lados por altas rocas. A medida que nos acercamos á Cantón los campos son más fértiles, y más numerosos é importantes los poblados. A las dos de la tarde llegamos á Wampoa, importante mercado que fué antiguamente concesión europea, hoy abandonada. A las tres divisamos la elegante silueta de la hermosa Catedral de Cantón, obra del difunto Ilmo. Guillemin. Sus dos altas y esbeltas agujas que la rematan se ven á gran distancia y dominan por completo los alrededores. Un chino que hablaba inglés me la mostró diciéndome que era un magnífico templo. Y en efecto, creo que es el más hermoso de cuantos China cuenta. Ocupado en admirar aquel suntuoso edificio, olvidé fijarme en las orillas del río; poco fué lo que perdí, pues apenas si se ven en ellas otras cosas que barcos y miserables cabañas.

Ancla el buque. Un doméstico de los Hermanos Maristas de Cantón se hace cargo de nuestro equipaje; ponen á nuestra disposición dos palanquines: dos robustos muchachos cargan sobre sus hombros el palanquín y á mí; otros dos hacen lo propio con mi compañero, y en marcha. Pero ¡qué calles! ¡cuánta inmundicia! ¡qué horrible confusión! Nunca había visto cosa semejante. Nuestros conductores á fuerza de gritar logran abrirse paso, y avanzan corriendo mejor que andando.

A los tres cuartos de hora, durante los que pude crearme un gran mandarín, llegamos al colegio de Pichón. De súbito nos encontramos frente magnífica entrada de estilo chino. Cruzada la puerta exterior avanzamos unos cincuenta pasos y llegamos á la puerta regia, la que sólo se abre para dar paso á las personalidades distinguidas (mandarines y demás). A la voz de los conductores dos soldados de la guardia corren á abrir y entramos (entrada solemne para mí, no acostumbrado á ese ceremonial). En las hojas de la puerta se ofrecen á la admiración de los visitantes dos hermosos tipos de chinos *panzudos*, letrados al menos, pues en China se mide y se admira el talento por el desarrollo del vientre. A corta distancia veíanse las habitaciones de los veinte soldados que guardan el colegio y las tierras de los Hermanos. Pasamos la tercera puerta, seguimos por ancha avenida ombreada por árboles gigantes, y llegamos á la habitación de los Hermanos. Suena un disparo: se nos recibe según todas las exigencias del complicado ceremonial chino. El director Hermano María Julian sale á recibirnos junto con los Hermanos Luis Teodoro, José Estanislao y Niceto (los dos

últimos son mis futuros colaboradores). Después del *Laudetur* nos abrazan, nos felicitan y gozamos las dulces alegrías de los que después de larga separación se vuelven á reunir... Y visitamos primero al verdadero y divino Señor de la casa, y después al R. P. Pic, limosnero.

1 de Enero de 1902.—Oída la Santa Misa nos reunimos y saludamos, deseándonos felicísimo el año que empezaba. Tomado el desayuno vinieron los alumnos á testificarnos su afecto: á tales visitas habían la víspera precedido numerosos regalos. Daba gusto de ver las muestras del singular aprecio que á los Hermanos profesores daban aquellos alumnos, muchos de los cuales cuentan de quince á cuarenta años. Para felicitar saludan diciendo: «Feliz año, señor.»

Al ser la hora en que debíamos visitar al Prelado, el Hermano director invitó á los alumnos á retirarse, pero treinta de ellos, todos paganos, se empeñaron en acompañarnos, á lo que no hicimos la menor oposición. El Ilmo. Mérel, nuevo obispo de Cantón, nos recibió con singular afecto y sencillez: acogió también con gran cariño á los alumnos, y era hermoso espectáculo verles desfilar por delante de Su Ilustrísima repitiendo: «Feliz año, señor.» Al retirarse rogaron se les permitiera visitar la Catedral.

Por la tarde saludamos al Cónsul francés, visita que repetimos al siguiente día, 2 de Enero, para ultimar algunos detalles. Nos habló de Nanning, nos prometió su apoyo y el del Gobierno francés, y nos regaló tres fusiles mausers para defendernos en caso de ataque.

(Se continuará).

REPÚBLICA ARGENTINA

EN EL NEUQUEN

Excursión de Mons. Juan Cagliero

EN MAYO DE 1902

El 27 de Enero, mientras la bella aurora con su luz de oro asomábase en el horizonte, veíanse llegar de sus chozas los buenos pobladores del valle Quili-Malal, y salir de entre las matas los que habían concurrido á la Misión, con el fin de despedirse del señor Obispo y recibir su última bendición.

Celebrada la Santa Misa y distribuida la Sagrada Comunión á no pocos de ellos, S. S. I. les dió los últimos recuerdos y se despidió de sus queridos hijos, quienes acompañándole por un largo trecho, ya no sabían separarse de tan bondadoso Padre, y las lágrimas que brotaban de los ojos demostraban el filial afecto de sus nobles corazones. Fueron ellos nuestro valioso auxilio para pasar el arroyo que riega el valle, y componer el *breck* que se había deshecho.

Después de una hora de camino por floreadas praderas y campos cubiertos de ricas mieses, llegamos al arroyo de Norquín, y allí, á pesar de todas las precauciones, volcóse en una rápida bajada el carrito que llevaba el equipaje, rompiéndose las varas y peligrando la vida del soldado que lo manejaba. Los buenos amigos

que nos acompañaban compusieron muy pronto dichas varas con látigos y correas, y continuamos la interrumpida marcha.

Al dirigirnos hacia las playas del río Agrio, mientras el sol en las horas de su máximo calor parecía abasarnos, la Providencia enviaba á nuestro encuentro á unos piadosos campesinos, obsequiándonos con rica agua y más rica leche, con que pudimos refrescarnos algún tanto. Nos proporcionaron también para nuestra *cocina ambulante* un grueso terrón de sal mineral recogido en la Cordillera, y un queso muy grande y mantecoso.

Vadeamos felizmente el Agrio, que es el mayor afluente del Neuquen; nace de la Cordillera Blanca y de un manantial de agua tan ácida, que es imposible tomar.

Este se echa en la Laguna Verde, y de ella sale el río que, por la calidad y color de sus aguas llámase Agrio. Echando azúcar en un vaso de esa agua se obtiene una excelente limonada.

Sesteamos en su orilla izquierda, á nueve leguas de su nacimiento, y encontramos sus aguas bastante agrias, pero á medida que se van mezclando con las de los otros ríos y arroyos, pierden poco á poco toda su acidez.

Siguiendo el camino entramos en la vasta y romántica llanura llamada «El Escorial,» á causa de que surgen allí montones de piedras volcánicas de forma muy fantástica, como v. gr.: ruinas de castillos, cuevas, columnas, etc... Y mientras contemplábamos estas maravillas de la naturaleza, otro panorama se nos ofrecía á la vista: eran las altas cumbres de la cordillera, que con sus nieves matizaban de hermosos colores las nubes y la azulada bóveda del cielo.

A la caída del sol llegamos al arroyo Guenencó, que en indio significa Agua del paraíso, por su pureza y por la amenidad del valle. De allí seguimos rumbo hacia otro valle muy cercano, llamado del *Pino*, á causa de un pino andino, que como centinela fiel indica al viajero la belleza de aquel campo cubierto de pastos y sementeras, y por donde serpentean las aguas que lo fecundizan.

El descenso de su barranca nos costó muy caro, pues rompiéndose allí por segunda vez nuestro *breck*, pudimos á duras penas arrastrarlo á pulso hacia la inmediata habitación del Sr. Manuel Sepúlveda, el cual ya conocía á monseñor, pues le había hospedado en su casa del Rinhileo, en la Misión del año 87.

Cundió muy pronto la noticia de que el señor Obispo había llegado, y los buenos pobladores de aquel valle acudieron presurosos á hacer bautizar y confirmar á sus criaturas, confesarse y alimentar sus almas con el Pan de vida eterna, legitimando además algún matrimonio.

La mañana siguiente, concluida esta pequeña función, nos despedimos de nuestros buenos amigos y del Sr. Sepúlveda para seguir el viaje; pues los soldados que nos acompañaban, arreglado del mejor modo posible el *breck*, ya estaban prontos para la salida.

Encuentro providencial.—En el valle Hualcopén.—Llegada á Loncopué.—Feliz éxito de la Misión.

Al subir la opuesta y dificultosa barranca, las mulas rehusaban obedecer, y entonces nos vimos en la nece-



TONKIN. — COLUMNA CONMEMORATIVA DE LA BATALLA DE HOA MOC, DADA EN LOS ALREDEDORES DE TUYEN QUANG EL 2 Y 3 DE MARZO DE 1835.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod. (Pág. 156).

sidad de apearnos para facilitar la subida y ganar el árido altiplano sembrado de piedras. Después de tres horas de marcha y contratiempos vimos finalmente una numerosa comitiva, que sobre briosos caballos corría hacia nosotros.

Era el Sr. D. Pedro Nazarre, dueño de la grandiosa estancia «La Argentina,» que acompañado de sus principales amigos y vecinos de Loncopué venía al encuentro del señor Obispo.

La venida de estos caballeros fué muy providencial, pues sin su auxilio no hubiéramos podido bajar por la loma y barranca á pique del Hualcopén. Baqueanos como ellos solos y con una actividad admirable limpiaron el camino, sacando las piedras más gruesas, y mientras nosotros nos deslizábamos á pie, ellos bajaban á pulso el *breck* y el carrito de la carga. Lllaman ese valle Hualcopén, porque está poblado de frondosos y verdes *chacayes*, á cuya benéfica sombra tomamos un breve descanso.

Llegado el momento de salir empezó la caballada de

reserva á vadear el correntoso arroyo y á subir la cuchilla; siguieron luego las mulas arrastrando los vehículos, y por último monseñor montado en su manso alazán y escoltado por todos los caballeros.

Un percance, sin embargo, nos esperaba, pues en la cumbre de aquella loma tan peligrosa rompióse por tercera vez nuestro *breck*, y monseñor, aunque rendido de cansancio, tuvo que viajar á caballo toda la tarde. Antes de llegar á Loncopué hay una bajada de unos doscientos metros de altura, y tan fiera que el sólo verla espanta: ésa tuvimos que hacerla á pie y con las mayores atenciones para impedir toda desgracia.

Como á Dios plugo llegamos al grandioso valle de Loncopué, por donde corre el hondo arroyo que le da el nombre. Vimos la capilla de Nuestra Señora del Pilar, la escuela, la oficina telegráfica y la hermosa estancia del Sr. Nazarre, alfombrada de alfalfa, plantas y flores, y rodeada de un bosque de álamos que la defienden de los vientos.

Estos adelantos se deben al tacto inteligente del señor Nazarre y á sus finos modales, con que supo cautivar los ánimos de sus vecinos y animarlos á una obra de tanto interés para el territorio.

A monseñor le habían preparado una cómoda y conveniente habitación en la estancia, pero prefirió alojarse en la baja y pequeña sacristía, sirviéndole á la vez de confesonario para hombres. Los demás Padres se alojaron en la próxima escuelita de niños.

Entramos en la devota capilla, donde sobre el altar en un hermoso nicho se eleva la sagrada efigie de Nuestra Señora del Pilar. En el altar todo era orden y limpieza, y un gusto especial en el adorno del mismo con flores y luces, y un elegante tabernáculo para guardar el Santísimo. Todo esto es debido á la piedad de la señora é hijas del Sr. Nazarre.

Con las preces de costumbre y patético sermón dió comienzo S. S. I. á la importante Misión de *Loncopué*, y los ocho días que permanecimos allí fueron días llenos de opimos frutos. Una numerosa concurrencia llenaba el pequeño santuario de María, especialmente durante la celebración de las Misas y escuchando con placer la palabra de Dios. Para comodidad de los confirmandos y evitar la demasiada aglomeración de gente, monseñor administraba este Sacramento tres y más veces por día.

A la explicación de la Doctrina cristiana, ya por la mañana como por la tarde, acudían presurosos los niños y las niñas, acompañados muchas veces de sus padres, deseosos de recordar más y más las verdades de la fe. Durante la función que tenía lugar á la caída del sol, la devota concurrencia llenaba no sólo la capilla, sino también el jardín y placita de frente.

De todas partes y á toda hora llegaban familias y más familias, que pasaban el día en la iglesia, y por la noche se abrigan entre las espesas cortaderas, á orillas del vecino arroyo. Dos sacerdotes estaban casi siempre ocupados en oír las confesiones, mientras otros se ocupaban de los bautismos y matrimonios.

El 3 de Febrero, último día de la Misión, se colocó y se bendijo una gran cruz como recuerdo de esta visita pastoral, y el día siguiente monseñor celebraba la Santa Misa y distribuía á los numerosos fieles la Sa-

grada Comunión, y se despedía de ellos para tomar el camino de Las Lajas, á donde otros hijos le estaban esperando.

(Concluirá).

HECHOS DE LA REVOLUCIÓN

EN LAS MISIONES DE CASANARE

(Continuación.)

Apenas se enteraron éstos de nuestro inopinado regreso, se llegaron á nuestra casa á saber la causa de él; acercándose primeramente el jefe civil y militar don Francisco Cuellar, y luego los Sres. Landa y César Sánchez.

Larga fué la conversación que con ellos tuvimos; y en ella ocurrieron incidentes que por curiosidad, y aun por el interés que tuvieron, referiríamos si se tratase de amenizar la lectura de esta triste relación. Digamos sólo que todos ellos se esforzaron cuanto pudieron en persuadirnos de que á todo trance fuésemos á vernos con Rosas, pues de lo contrario éste se *vería muy contrariado y lo sentiría...*; pero cuando se convencieron de que estábamos resueltos á no hacer lo que nos aconsejaban con tanto empeño, no sabían qué hacer ni qué decir, hasta que el coronel Landa, dejándose de disimulos, nos declaró paladinamente que él había recibido de Rosas la orden de llevarnos presos, y que para eso se había quedado á retaguardia, y que si á nuestra llegada de Támara no nos hubiese visto resueltos á continuar el viaje tras de Avelino, nos hubiera intimado entonces la orden y nos hubiera apresado.

Heridos en nuestra dignidad por tal modo de expresarse quien entonces era súbdito nuestro, protestamos con toda la energía que pudimos contra semejante manera de hablar, y contra la orden que nos intimaba; como un ultraje hecho á nuestro carácter y autoridad, y un atentado á las leyes y censuras de la Iglesia.

Un rato de silencio siguió á nuestras palabras, hasta que preguntamos si podía saberse para que nos quería el General, y que motivos había tenido para apresar á los Padres y llevarse, como se llevaba, á dos consigo, y en fin, cuáles eran los *hechos punibles* de que se les acusaba.

Entonces César Sánchez tomando la palabra y asumiendo un tono de juez, que acaso tomó él como secretario general de A. Rosas, según nos dijo ser, pero que nosotros reputamos justamente ofensivo á nuestra autoridad sagrada, principió á hablarnos de las alhajas de las iglesias como si fuesen bienes de los pueblos, y á interrogarnos qué había sido de ellas, y por qué las habíamos hecho recoger de algunos pueblos.

Después de hacerle saber que ni á él ni á nadie más que á nuestro superior eclesiástico teníamos que dar cuenta de nuestros actos, condescendimos en decirle que, por razón del peligro de ser robadas que habían corrido de tiempo atrás, las habíamos mandado recoger y ocultar, pero que estaban bien guardadas, y á su tiempo se devolverían á las iglesias respectivas; pa-

sando después á explicarle que tales cosas son bienes puramente eclesiásticos y sagrados, no profanos ni de laicos, fuesen éstos particulares ó formasen colectividad de pueblos; y que en su custodia, administración, usos, etc., la Iglesia únicamente, ó sea la Autoridad eclesiástica, y no otra, es la que puede intervenir y disponer.

Satisfecho con las explicaciones que le dimos, dirigió entonces sus preguntas al asunto de la ida de los Padres á Arauca, que él consideraba (aparentemente siquiera) como asunto de política disfrazado con ese pretexto, arguyendo que era imposible que la tal Comisión hubiese salido en tiempo de guerra; y que, en último término, aun cuando fuese cierto lo que decíamos, que por qué nos habíamos comunicado con el Gobierno, cuando allá el Gobierno era... no sabemos si dijo la Comandancia general ó la revolución.

Tuvimos que darle también explicaciones sobre esto (1).

Acabadas nuestras explicaciones á Sánchez, Landa, desistiendo del cumplimiento estricto de la orden de Rosas sobre nuestra aprehensión, nos indicó la idea de que nos detuviéramos en Moreno á la disposición y órdenes del jefe civil y militar, mientras Rosas contestaba á la carta que le habíamos escrito.

Contestámosle que en calidad de detenidos, y menos á las órdenes de un súbdito nuestro, como era el jefe dicho, no podíamos quedarnos; pero que no siendo en tal sentido, sino conservando nuestra libertad para estar en el punto de las Misiones donde más conviniera, no teníamos inconveniente en aguardar allí la contestación que diera Avelino.

Tal era, realmente, entonces nuestra intención: si después cambiamos fué porque en conciencia, y como un deber de nuestro cargo, creímos que debíamos cambiar, como se dirá luego.

Con el ofrecimiento de aguardar que hicimos se dieron por satisfechos nuestros visitantes, y se despidieron de nosotros.

La carta que escribimos á Rosas fué del tenor siguiente:

«Moreno, 9 de Enero de 1900.

«Sr. general A. Rosas:

«A las doce y media de hoy he llegado á esta población; y enterado luego de la marcha de V. continué en su seguimiento hasta Brito en compañía del Sr. Cuellar, pensando hallaría á V. en Pore.

«Llegados á Brito me hace saber dicho señor que había tomado V. la dirección de La Parroquia, cosa que

(1) Nos hemos detenido más de lo que hubiéramos hecho en el relato de nuestra conversación con Sánchez, para desvanecer invenciones y exageneraciones que, de buena ó mala fe, se han hecho de su modo de proceder con nosotros, achacándole lo que no hizo ó no dijo. Sánchez no llegó á ofendernos *personalmente*, como á particular, sino sólo en nuestra dignidad y autoridad, propasándose á pedirnos cuenta de nuestros actos y de nuestras disposiciones sobre las alhejas de las iglesias. El no tuvo parte, que sepamos, en lo del robo de los ex-votos; pero sí registró ó vió, según creemos, lo que había de alhejas (casi nada) en la iglesia de Moreno. En favor de él hay un hecho que le honra: el de haberse echado á sujetar á Márquez en la ocasión en que éste amenazó con armas á los Padres. Esto es lo que hay sobre César Sánchez, y no más en orden á nosotros; y eso es lo único que de él hemos dicho siempre en las conversaciones privadas.

me hizo variar de pensamiento, dado que no me sentía con fuerzas para una jornada tan larga como debería hacer para lograr verme con V. En virtud de esto regresé á Moreno, esperando que en otra ocasión tendrémos lugar de vernos y conferenciar.

«Entre tanto que llega ésta, es mi deber suplicar á V. deje completamente libres los Padres misioneros, para que cada uno se ocupe en su ministerio sagrado, no sólo los que van en su compañía, sino también los que están detenidos.

«Porque, señor General, esté V. en la más completa seguridad, sin abrigar la menor duda, de que unos y otros Padres, especialmente los que van con V., no tienen absolutamente culpa alguna en hacer lo que yo les mandé; y esto no por orden del Gobierno, sino de mi superior eclesiástico, el señor Delegado Apostólico. El Gobierno, ó sea el señor Ministro de Relaciones Exteriores, no hizo otra cosa que transmitirme la orden del señor Delegado, por no poder éste comunicarse conmigo, como podrá V. comprender leyendo el texto del telegrama. La orden de que yo tuviera preparados dos Padres que se asociasen á la Comisión de límites, la tenía recibida desde Agosto ó Septiembre, debiendo sólo aguardar el primer aviso para despacharlos.

«Esto es en pura verdad lo sucedido: el asunto de que se trata es completamente internacional, no político.

«Sobre nuestra conducta y modo de habernos en estas cuestiones de actualidad, puede ver lo que á los pocos días de la alteración del orden comunicaba á los Padres de Manare, así como á los demás de las otras Misiones.

«Esto creo que bastará para que V. se forme un juicio recto y cabal de nuestro modo de ser, y de la inocencia de los Padres; esperando por tanto que se dignará dar las órdenes correspondientes á su liberación, y que no se moleste á los Padres de las otras Misiones, que en nada más se ocupan que en hacer el bien que pueden.

✠ Fr. NICOLÁS, Obispo.»

DIEZ AÑOS EN EL ALTO TONKIN

POR EL P. GIROD, DE LA SOCIEDAD DE MISIONES EXTRANJERAS DE PARÍS

(Continuación)

XXII.—FORMACIÓN DE TERRITORIOS MILITARES.—DE LONG CHAY Á TUYEN QUANG.—LA COLUMNA DE HOA MOC.—EL PRIMER DÍA DEL AÑO 1892 EN TUYEN QUANG.—CAMPAÑA APOSTÓLICA.—ÚLTIMA VISITA AL ILUSTRÍSIMO PUGINIER.

En Noviembre de 1851 seguían los piratas campando á sus anchas por las regiones del Tonkín superior, y especialmente á orillas del Long Chay, haciendo caso omiso de la invitaciones que en todas las formas imaginables les dirigiera el Procurador general: «Sed razo-

nables, trocad el fusil por el azadón y dejadme en paz.”

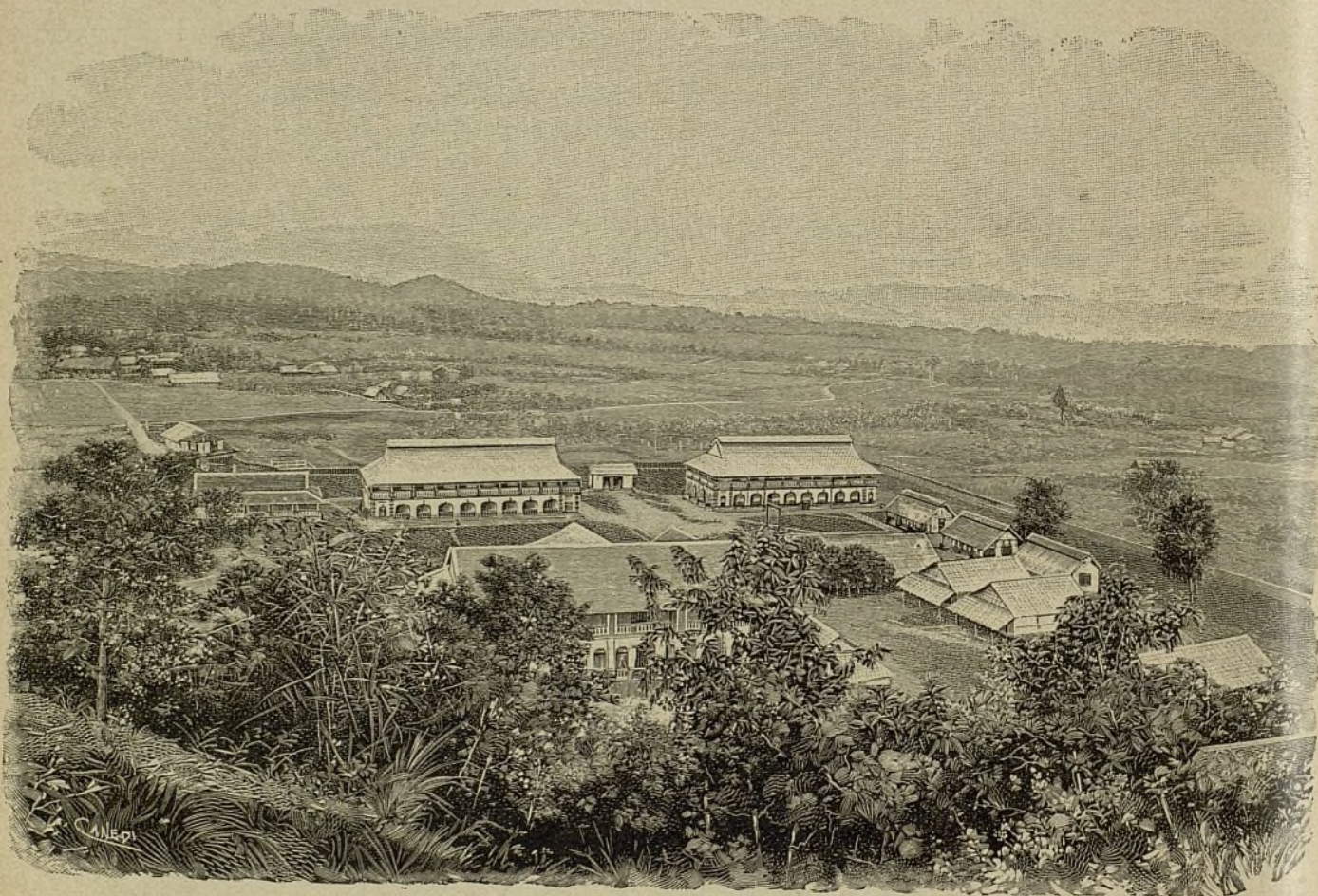
Afortunadamente M. de Lanessán dictó una medida cuya valua en pro de la paz era muy superior á todas las protestas de los falaces mandarines; me refiero á la formación de territorios militares que acabaran con la interinidad, causante de tantos males, de los residentes y comandantes de destacamentos militares. El nuevo sistema daba á cada hombre la libertad indispensable, y le permitía pedir y lograr justicia sin menester de intermediarios siempre enojosos y no siempre económicos.

—Será preciso que el 1.º de Enero os resolváis á venir á celebrar Misa en Tuyen Quang.

No creo deber decir que acepté gustosísimo.

El 31 de Diciembre de 1891 cogí mi equipaje apostólico de misionero ambulante y emprendí el camino de Tuyen Quang, siguiendo á lo largo de la orilla derecha del Río Claro. De Phu Doan á Tuyen Quang se cuentan de 28 ó 30 kilómetros.

En el primer tercio del camino, es decir, después de haber andado diez kilómetros descubro una colina sobre la que se levanta una bella pirámide (*véase el gra-*



TONKIN.—VISTA PANORAMICA DE LA LLANURA DE ILO.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de París. (Pág. 155)

Gustaba de los encantos que brinda la naturaleza á orillas del Song Chay, y cuidando de los cristianos de esta importante región quedábanme algunas horas libres para mantener la cordial amistad que me unía con los oficiales mis vecinos, quienes venían á buscarme para juntos salir á cazar, y no pasaba fiesta importante sin que se sentara algún francés á mi mesa.

El comandante Baudard, que de Viet Tri había sido trasladado á Tuyen Quang, me daba pruebas de singular deferencia, y nunca cuando recorría el territorio militar que le estaba confiado dejaba de visitar, y acompañar algunas horas á ese pobre párroco de Trai Co. En tales casos nunca faltaba un buen pavo asado, y el comandante me decía sonriendo.

—¡Excelente, Padre, excelente; hay que confesar que tenéis buen corazón!

Un día me dijo:

bado de la pág. 153), monumento conmemorativo del célebre combate de Hoa Moc librado los días 2 y 3 de Marzo del año 1885, entre la primera brigada del cuerpo expedicionario francés, que á marchas forzadas se dirigía á socorrer al heroico comandante Dominé sitiado, y el ejército chino. *Sta, viator, heroes calcas!* Dijérase que aún se oye la voz enérgica de Briere de l'Isle, diciendo á sus valientes soldados en la orden del día 5 de Marzo de 1885 al cuartel general de Tuyen Quang:

“Oficiales, sub-oficiales, soldados y marinos de la primera brigada y de la flotilla: me siento orgulloso al proclamarlo en voz muy alta: una vez más habéis demostrado que con hombres como vosotros el pabellón francés flotará victorioso por todas partes donde el Gobierno de la República os pida lo llevéis.”

Al pasar un francés por delante de la columna se des-

cubre, y un misionero reza por el alma de los que murieron en el campo del honor. ¿Por qué no corona la cruz un monumento que recuerda la sangre vertida por Dios y por la patria?

Al salir de las colinas éntrase en una llanura, y á la orilla izquierda del río vese el castillo Giovaninelli colgado, como nido de águilas, á lo más alto de una montaña cortada á pico que domina la ciudad, extendida á lo largo de la orilla derecha del río Claro.

A poca distancia de la ciudad corta el camino profundo barranco, que antiguamente salvaba un puente

la Misa que celebré para ellos, deseándoles de lo más íntimo del corazón el valor cristiano necesario para triunfar en el combate de la vida cuya palma es el cielo.

Terminada la Misa hubo recepción en casa el capitán, y todos mostraban en el rostro la alegría que en el alma sentían, y decíanme:

—Quedaos con nosotros: estableceos en Tuyen Quang.

Y de contar con el dinero que precisaba si que lo hubiera hecho. ¡A la vez hubiera edificado una iglesia y un local para círculo militar! pero me faltó *el nervio de la guerra*.



TONKIN.—AMBULANCIA DE TUYEN QUANG.—Reproducción de fotografía remitida por el P. Girod, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París

de madera. En el fondo de éste, por donde corre un torrente, pereció ahogado un joven oficial de tiradores tonkines, el que llegó confiado y dejando que su caballo avanzase á trote largo: regresaba de una expedición á un cuartel del interior. El cuerpo del pobre oficial fué retirado del agua medio comido por las tortugas.

Por aquel tiempo en Tuyen Quang no había párroco y la guarnición veía raras veces un misionero. Y sin embargo aquellos pobres soldados, en su mayoría hijos de la católica Alsacia-Lorena, necesitaban para sus almas enfermas y para sus cuerpos cansados tanto como el descanso material, el descanso y la fortaleza espiritual que comunica la presencia del sacerdote. Así, pues, en Tuyen Quang la fiesta del 1.º de Enero fué para todos una fiesta de familia. El comandante había mandado adornar profusamente el salón principal, y todos los europeos, oficiales, soldados, civiles y militares asistieron á

Regresé á Tai Co, donde pasé las fiestas del 1.º de año, que corresponde á nuestro 30 de Enero. Tres días de Misa solemne en honor de las tres Personas de la Santísima Trinidad. Mis feligreses me visitaron deseándome feliz año y á pesar de la penuria de los tiempos comimos juntos la *cabeza de año*, porque en el Anam se come todo, se come la *cabeza de año*, el casamiento, el nacimiento, etc., etc.

Si algún cristiano cae en la tentación de *comer un robo*, hasta los budhistas saben, pues la experiencia se lo ha enseñado, que llega un día en que el culpable restituye... y en cambio si es pagano... Digo esto para contestar á la acusación que ciertos europeos se permiten dirigir á los misioneros:

—Vuestros anamitas convertidos no son mejores que los otros.

Pues, señores, os equivocáis, desconocéis á los no-

bles campesinos cristianos si decís que son iguales á vuestros *boys*.

Para que estuviese más tiempo entre mis cristianos el Ilmo. Puginier me dispensó de la asistencia al retiro general que todos mis Hermanos tuvieron, en Enero de 1892, en Ke so. La causa de esta dispensa fué que habiendo el misionero indígena, P. In, estado largo tiempo prisionero de un caciquillo de los que campan por sus anchas, necesitaban más los cristianos y hasta el sacerdote indígena, tan largo tiempo afligido por la persecución, de la presencia del misionero.

Pero como en Febrero supiese que la salud de nuestro querido Vicario apostólico dejaba mucho que desear, aproveché unos días de relativa calma para llegarme á Ha-Noi. Su ilustrísima me acogió con su natural bondad y parecióme fatigado, pero no abatido. Era de esta raza de hombres que mueren desafiando al enemigo.

El Ilmo. Puginier contaba sólo 56 años; pero desde los 34 quebrantó su salud trabajando incansable á mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

Siempre en la brecha para defender á los cristianos del odio de mandarines y letrados, había, por aquel entonces, tenido el sentimiento de ver fomentar una persecución inicua contra los cristianos recién convertidos.

¡Leer cuanto luchó y padeció para vencerla es hermoso y edificante!

A pesar de fatigas y disgustos el Prelado repetía las palabras de la Sagrada Escritura: *Dominus protector vite mee... à quo trepidabo?* Lleno siempre de paternal solicitud para los demás, rudo para consigo mismo, quería hacerse la ilusión de que su salud era inquebrantable.

Al despedirme de su ilustrísima no creía besar por última vez su anillo pastoral. Y sin embargo mis ojos se humedecieron: el Ilmo. Puginier lo vió y me dijo sonriendo:

—¡Valor, hombre, valor! ¿Quieres que te confirme de nuevo?

Y fuí honrado con un cachete pastoral... cual nunca recibiera otro semejante.

—Ilustrísimo señor, muchas gracias.

Y en premio de mi sumisión filial, aquel padre tiernamente amado me regaló una hermosa medalla y 30 piastras para levantar una capilla en Tuyen Quang.

—¡Adelante! me dijo, pero cuidado á tropezar... Y si alguna vez te sucediera, acéptalo con humildad y que te sirva de experiencia.

XXIII.—EL CORONEL PENNEQUIN Y DOC DUC.—EL "LAO KAY" AL FONDO DEL RÍO CLARO.—LA PROVIDENCIA.—INQUIETUD RESPECTO AL ILMO. PUGINIER.

Despacio, avanzando por jornadas cortas de Son Tay á Viet tri, de Viet-tri á Lang-lang, regresé tranquilamente á Long Chay alentando la esperanza de que Dios escucharía los múltiples súplicas que se le elevaban, y conservaría la vida del de todos amadísimo Prelado.

A aumentar mi optimismo contribuyó la agradable nueva que me dieron en Ha Noy: Hung Hoo había sido declarada capital del 4.º territorio militar, y para el mando del mismo habían nombrado al teniente coronel Pennequin. Las circunstancias eran críticas, y Noc Ngu había renovado la historia de Cho Bo atacando el destacamento militar de Yan Lang.

Después de la derrota que en Xom Gion sufriera el jefe rebelde, se refugió en Thanh Hoa Dao, buscando reclutar adeptos y reponer las extenuadas fuerzas de los hombres que salvara del desastre: al cabo de algún tiempo fué avanzando sigilosamente, á paso de lobo, hasta llegar á orillas del río Negro, donde supo que Yen Lang había sido aprovisionado de cartuchos, y resolvió sorprender este fuerte. La traición de un cabo indígena favoreció sus planes.

El 6 de Febrero á las siete de la noche los soldados se paseaban tranquilamente ó bebían en los cafés esperando el toque de retiro: el capitán Pouligo iba á sentarse á la mesa, los oficiales estaban ya cenando, cuando se presentaron seis ó siete hombres pidiendo ver al comandante de la fuerza. El centinela los introdujo, y el capitán los recibió sin desconfianza. En el acto y hecha la señal convenida los rebeldes, apostados al rededor del edificio, caen sobre él cual terrible avalancha, hunden la puerta, entran en la sala donde comían los oficiales, y á quemarropa les descargan los fusiles: dos sargentos caen muertos; los demás, heridos más ó menos gravemente, lograron escapar: el capitán Pouligo fué asesinado por los piratas disfrazados que hablaban con él. El fuerte fué saqueado y pasto de las llamas.

El rojo espectro de Doc Ngu siguió causando en el ánimo profunda impresión de terror. Por esto me alegró el nombramiento del coronel Pennequin para jefe del 4.º territorio, nombramiento que hizo recobrar la perdida confianza á los habitantes de Hung Hoa. Este jefe, que llevaba largos años de residir en el Tonkín y que conocía palmo á palmo la parte alta de la región que riega el río Negro, llegó precedido de la reputación de ser el jefe más capáz de hacerle pagar cara á Doc Ngu la audacia, y de saber vencerle tanto en la guerra como por la excelente política que caracterizaba el gobierno del nuevo jefe francés.

A los pocos días tuvo ocasión de conocer prácticamente hasta donde llegaba la audacia de sus enemigos: acompañado de reducida escolta salió á explorar el territorio pasando por las tierras en que Doc Duc, el asesino del P. Khoan, tenía sentados sus reales: su atrevimiento fué casi milagro que no le costara la vida: á su lado perecieron su fiel cocinero y el *boy*, simpático muchacho muy querido de su amo.

Entre las instrucciones que su ilustrísima me diera figuraba la de que, pasada la Pascua, fuese á Tuyen Quang para levantar una capilla provisional con una pequeña habitación donde el misionero pudiese pasar una noche. El Prelado me encareció que aprovechara para el viaje el paso de la lancha de vapor por Phu Doan, pues quería, en su paternal solicitud, evitarme las fatigas del viaje por tierra y la casi seguridad de encuentros desagradables.

Fiel á las indicaciones de mi Obispo el miércoles 30

de Abril me preparaba para dirigirme á Phu Doan, donde hubiera embarcado en el *Lao Kay*. Retrasé mi salida algunas horas para confesar á los que aún no podían hacer su primera Comuni6n, y cuando iba á sentarme en el confesonario recibo la visita de M. D..., rico agricultor con quien mantenía las más cordiales relaciones, y, apenas se había marchado, llega el teniente C..., acompañado del capitán de artillería Bonnet. Estos señores venían á *cogerme* para llevarme á almorzar á Phu Doan. Intenté excusarme indicándoles la urgencia y la índole de mis ocupaciones... pero en vano, y cogiendo mi escopeta de caza fuéronse á dar una vuelta para que en tanto yo confesara los niños. Pero éstos cansados de esperar habían salido del templo, y unos corrían tras los búfalos y otros se hartaban de arroz. Regresaron los oficiales y les dije: «Hoy no iré á Tuyen Quang, y los culpables serán Vds. No puedo abandonar Van Ku sin haber acabado mi trabajo.»

Nos sentamos á la mesa; durante la comida me entregaron una carta de Francia: era de mi madre: la abrí, leí el principio y el fin, y diciéndoles á los comensales: «Todos buenos y... basta...; leeré esta larga carta regresando á Van Ku.»

La conversaci6n era animada y alegre: el capitán Bonnet, en vísperas de regresar á Francia, nos explicaba sus ilusiones, sus ensueños de felicidad.

La sirena del *Lao Kay* anunció su llegada. Acompañé á bordo al capitán Bonnet y saludé al comisario, M. Lereillet, y á Godard, rico comerciante que acompañado de su esposa emprendía el primer viaje de recreo. Dos sargentos recién decorados con la medalla de mérito militar me saludaron, saludo al que contesté felicitándoles.

—Padre, pues que ya está á bordo véngase con nosotros á Tuyen Quang.

Titubeé un momento; pero luego firme en mi propósito me despedí diciéndoles: «Hasta la semana próxima.»

Y el *Lao Kay* partió, y yo emprendí el regreso á Van Ku encendiendo la pipa y leyendo la carta de Francia que desde la hora del almuerzo me quemaba el pecho...

Fecha en 10 de Marzo, entre otras cosas salidas del corazón mi excelente madre me decía: «Siempre me acuerdo de ti... pero el 20 de Abril, aniversario del día que saliste de Francia, me acordaré de un modo especial y comulgaré á tu intenci6n.»

¡Y el día en que leía la carta era el 20 de Abril!... Henchido de emoci6n soñaba en el país en que naciera, soñaba las dulces horas pasadas cabe á mi madre, y dejaba que inundaran mi corazón los dulces besos del recuerdo, en una de estas horas que la Providencia regala al misionero, desterrado voluntario... Y allá en el confín del horizonte veíanse sobre el cielo azul las nubes de humo negro que lanzaba el *Lao Kay*.

El siguiente día, habiendo cumplido con mis obligaciones, ocurri6seme para complacer el empeño de los oficiales que quedaban, volver á almorzar en Phu Doan (¡estaba tan cerca!).

En la puerta encontré al sargento Marse, excelente muchacho, devoto, valiente y sencillo, quien al verme exclamó:

—¡Por ahí el Padre! ¡y de tan buen humor! añadió con voz temblorosa.

—¿Qué? sargento: ¿qué entendéis por buen humor?

—¿Cómo? ¿caso ignora la catástrofe del *Lao Kay*? El capitán Bonnet, el Comisario, Godard y su esposa, los dos sargentos, once legionarios, tres tiradores tonkinos, los pasajeros indígenas, en una palabra, ¡todos los tripulantes han perecido ahogados!

A las ocho de la noche, cuando los pasajeros de primera clase estaban comiendo en el salón, el vaporecito chocó, y á los breves instantes desaparecía entre las aguas.

La desgracia de los demás me aterrorizaba tanto como mi propia suerte.

¡Oh, este miércoles 20 de Abril de 1892, tercer aniversario de mi salida de Francia... la carta de mi madre que la mañana de aquel mismo día había en la iglesia de mi pueblo comulgado á mi intenci6n... el Angel de mi Guarda... San José!...

Fácil es comprender que durante la comida no se habló de otra cosa.

—¡Sorprendente casualidad! decía el más avanzado de los comensales.

—Di lo que gustes, contestaba un camarada, pero sábetete que... yo creo en la Providencia.

—Y yo también, contestó enérgicamente el sargento Vartel, un escapado de la matanza de Yen Lang.

Y al separarnos, soldados y misioneros sentíamos con fuerza desusada vibrar en el fondo del alma la invencible convicci6n de una Providencia que vela sobre nosotros.

Aprovechando unos días de relativa calma, el 25 de Abril me dirigí á Tuyen Quang: la construcci6n de un *blockhaus* me permitía seguir el camino directo, que pasa por Lang Ngoi, antes sumamente peligroso: á ambos lados del camino extendíanse los bosques, y en uno de ellos vi huellas que me indicaban acababa de pasar un rebaño de elefantes... Coco levantó las orejas y Fidaut pegó la cola.

Admiraba el paisaje, y me afligía un sentimiento de inquietud: ¿cómo seguía el Ilmo. Puginier?

Hacía pocos días había recibido una carta del ilustrísimo Gendreau, su coadjutor, prescribiendo oraciones en todo el vicariato.

El estado del ilustre enfermo no era desesperado... Sin embargo, me agitaba un triste y vago presentimiento... A distraerme vino el bellissimo cuadro que la naturaleza me ofrecía: la inmensa llanura, y lejos confundiendo con el horizonte y cual limitando la llanura, Tuyen Quang. (V. el grabado de la pág. 145).

EL MAR LIBRE DEL POLO

Para completar lo que en la publicada relaci6n de su viaje, el más importante entre los realizados hasta mediados del pasado siglo XIX, nos cuenta el Dr. Hayes, publicamos este breve extracto del último de los viajes hacia el Polo Norte, coronado por el

éxito, si no el más lisonjero, á lo menos muy lisonjero, pues el explorador puede gloriarse de haber sido el hombre que fijara sus plantas más cerca del Polo, de ese extremo desconocido de la tierra que tantas víctimas causara entre los hombres de ciencia empeñados en rasgar el misterioso velo en que se complace en vivir envuelto.

Por sugestivos en alto grado que sean los estudios astronómicos, quédale siempre al hombre la remota duda del «mentir de las estrellas;» por eso resultan, sin duda alguna, más encantadores los trabajos acerca la morfología terrestre, pues caben en la Tierra varios Colones que vayan comprobando lo que el cosmógrafo previera ya en sus elucubraciones físico-matemáticas. En Física terrestre queda aún mucho que hacer, pero el problema que obsesiona á geógrafos y á marinos, á naturalistas y á cosmógrafos, es el del descubrimiento de los polos, polos que cada día van acercándose más al mundo de la realidad, gracias al cerco irresistible, rayano en la obsesión, que de consuno le tienen puesto la ciencia y el valor heroico de un puñado de valientes, gloria de la humanidad, de sus patrias y del siglo.

Entre esos hombres ilustres, ninguno ocupa lugar tan preeminente como el célebre explorador noruego *Fridtjof Nansen*.

Nacido en Cristianía el 10 de Octubre de 1861, é hijo de un distinguido abogado, no mostró gran afición al estudio en sus primeros años, pero más tarde se encariñó extraordinariamente por las ciencias naturales, que le hicieron olvidar los planes que concibiera anteriormente, para dedicarse de lleno á cultivarlas. A los veinte años se graduó de doctor en Ciencias, y realizó ya su primera expedición á la Groenlandia, que duró cuatro meses, en la cual mató quinientas focas y catorce osos blancos. Al año siguiente fué nombrado conservador del museo de Bergen, y ya entonces emprendió con frenesí los trabajos preliminares para la realización de sus ensueños: llegar al Polo Norte, á ese Polo que tantos secretos oculta, que tan tenazmente nos niega su hospitalidad y que continúa aún en el misterio de lo desconocido.

El 4 de Junio de 1888 partió de Eyjafjördr (Islandia) á bordo del *Janon*, desembarcó el 17 de Julio al Sur del cabo *Dan*, en la Groenlandia, recorriéndola toda de E. á O. á los 65° de latitud N., y volviendo á Noruega el 9 de Noviembre, con el plan completo de una exploración que le había de dar fama universal y había de esculpir su nombre en el libro de oro de la posteridad.

El Parlamento noruego le votó una subvención de 250,000 francos, y con otras cantidades producto de una subscripción popular, pudo alistar una fragata de cuatrocientas toneladas, sólida en extremo, construida exprofeso para resistir las enormes presiones de los hielos, y capaz para contener víveres para cinco años. Con doce compañeros devotos de su causa, fervientes admiradores de su saber y de su prudencia, embarcóse Nansen á bordo de su *Iram* en Cristianía el día 24 de Junio de 1893. Pocos viajes, á no ser el más reciente y tristemente célebre del infortunado Andrée, habrán despertado la expectación inmensa que aquella memorable cruzada científica, que duró más de tres meses. La odisea del doctor Nansen es de las que emocionan más intensamente. El 14 de Marzo de 1895, Nansen y su

compañero Hjalmar Johansen dejaron el *Iram*, y con veintiocho perros, dos kayacks y tres trineos se dirigieron hacia el Polo, al que no llegaron porque derivaban al Sur y sólo avanzaban cada día tres ó cuatro millas, de modo que el 7 de Abril alcanzaron los 88° 14' N., esto es, sólo á 360 km. del ansiado Polo; pero sin víveres, jugándose la vida docenas de veces cada día, viéronse obligados á retroceder en busca de sus compañeros, á los que ya no encontraron, pero sí á la expedición Jackson, que exploraba la tierra de Francisco José. Su llegada á Europa fué un viaje triunfal. Pocos hombres de ciencia se habrán visto más agasajados y obsequiados. Las Academias se disputaban el honor de ofrecer á Nansen uno de sus sillones, la Facultad de ciencias de Cristianía le nombró su profesor de Zoología en 1896, y después de un viaje circular por el mundo para explicar los incidentes de su célebre expedición, recibió del *Daily Chronicle* 250,000 francos por las primicias de la publicación de sus impresiones.

Entre otras obras ha publicado Nansen: *Hacia el Polo*, y *A través de la Groenlandia*, traducidos á todos los idiomas cultos.—J. P. A.

(De *El Mundo Científico*).

Parece que el desgraciado fin de Andrée debía detener, á lo menos por un momento, tan atrevidas empresas, pero lejos de esto leemos en una revista extranjera la siguiente noticia, que pues nos enseña hasta donde puede llegar la audacia de los sabios, la copiamos á continuación como complemento de cuanto sobre el Polo Norte llevamos publicado:

Se está construyendo en Wilhelmshaven un submarino nuevo inventado por un ingeniero constructor alemán, y previsto por Julio Verne en uno de sus numerosos libros científico-novelescos, que se destina para un nuevo ataque sobre el Polo Norte. Se calcula que el barco marchará á una velocidad de tres nudos, y podrá permanecer debajo del agua durante quince horas, de manera que podrá atravesar una distancia de cincuenta millas sin venir á la superficie, mientras que los exploradores árticos están unánimes en decir que raras veces se encuentra una extensión de más de tres millas sin una abertura. El barco tiene además un aparato por medio del cual podría romper el hielo en cualquier lugar en que estuviese delgado, si fuese preciso subir á la superficie antes del tiempo señalado. Se duda que el intrépido navegante salga sano y salvo del peligroso viaje que intentará tan luego como esté concluida su nave sub-acuática.

POR EL MUNDO

Zaandam (Holanda).—Dice el Rdo. J. Van Der Heyden, dirigiéndose al *Catholic Sentinel*, de Portland:

«Habiendo sido llevados á los hospitales de la ciudad varios enfermos, atacados de males contagiosos, los enfermeros y enfermeras laicos se declararon en huelga y rehusaron prestarles sus servicios.

«El alcalde, después de inútiles tentativas para sustituirlos con otros mercenarios menos reacios, telegrafió como último recurso, á los Hermanos de San Juan de

Dios en Amsterdam. Dos horas más tarde llegaron á Zaandam tres de dichos Hermanos, y luego se pusieron á desempeñar su tarea, tomando á su cargo todos los departamentos, con la condición de que se consiguieran Hermanas para cuidar de las mujeres contagiadas.

«El alcalde salió al punto para Amsterdam á fin de cumplir con el requisito, y tuvo tan buen éxito en este su segundo llamamiento como en el primero, pues logró llevar todo un personal de Hermanas muy diestras en eso de asistir á los enfermos.»

Zaandam es una ciudad protestante.



MÚSICOS TONKINES

Abisinia.—Mucho tiempo ha que el obispo Mons. Jarrousseau, capuchino, había concebido el proyecto de fundar un hospital para leprosos en Harrar. Dicho proyecto ha llegado á realizarse gracias al celo del P. María Bernardo, también capuchino, que dió principio á su obra bienhechora con 35 enfermos leprosos, número que llegó á triplicarse en el corto tiempo de tres meses. En vista de que era insuficiente el local que albergaba á los leprosos, el cacique Makounen ofreció al P. María Bernardo, director de la leprosería, una extensión de terreno juntamente con los fondos necesarios para la construcción de un pueblo hospital, donde puedan vivir los leprosos y ser cuidadosamente atendidos.

Sobre una explanada que domina el pueblo se ha levantado ya un hospital de 56 metros de largo por 8 de ancho para aquellos enfermos que exigen más asiduos cuidados, y en él se hallan instaladas salas clínicas, la farmacia, etc. Hoy el número de enfermos llega á 164, y todas las tribus circunvecinas de Harrar están allí representadas.

Necesaria era en Harrar, como en toda la Abisinia, la fundación de esta obra para extirpar un mal, allí tan extendido; y por fortuna, Dios les ha deparado un remedio en los grandes sacrificios que, para la realización de esta obra, están haciendo los Padres Capuchinos.

No sabemos cómo apreciarán los actuales jacobinos la vida de heroico sacrificio que los Religiosos se imponen en aras del amor de Dios y del prójimo. Seguramente que los mirarán con envidia, deseando ir á sustituirlos para merecer bien de Dios y de la civilización. Tal vez piden la destrucción de las Ordenes religiosas, porque quieren sustituirlas en las leproserías y hospitales... ¡Envidiosos!

Egipto.—En Egipto la influencia francesa está ligada al desarrollo de la propaganda católica, mientras que los protestantes procuran introducir sus doctrinas al abrigo de la influencia británica.

Es incontestable que en las dependencias del Gobierno la infiltración inglesa penetra rápidamente, y que Inglaterra está llamada á dominar por la influencia material; mas para los espíritus reflexivos é imparciales no ofrece duda que, si Inglaterra puede llegar á adquirir el oro de Egipto, no conquistará jamás su corazón. Al lado de las obras católicas y francesas las obras inglesas y protestantes no tienen importancia.

De los veintiséis diarios que se publican en Egipto se

escriben ocho en árabe, seis en griego, y tres en italiano, ocho en francés y solamente uno en inglés.

Esta influencia de la nación vecina y las simpatías populares que se ha conquistado son debidas á las Ordenes religiosas. Los Jesuitas, los Lazaristas, los Misioneros africanos, los Hermanos de las Escuelas Cristianas y las Hermanas de San Vicente de Paúl rivalizan en celo y abnegación para hacer amar á la Iglesia y á su patria.

En sus grandes Colegios de Alejandría y del Cairo, los beneméritos hijos de San Ignacio forman á una juventud selecta en la vida intelectual y moral.

La educación y la instrucción sólida y completa que en ellos se da atraen á gran número de jóvenes de todas las nacionalidades y de todos los cultos. Además, con sus Misiones apostólicas establecidas en diversos puntos del país, trabajan eficazmente en la evangelización de las clases populares.

Los Jesuitas, con tanto apasionamiento combatidos en los países latinos, tienen allí la estimación de todas las personas honradas y el respeto de sus mismos adversarios. Sus virtudes y el bien que hacen inspiran á todos un sentimiento de admiración profunda.

Los Religiosos Lazaristas dirigen numerosas obras de beneficencia, y evangelizan también con fruto á las masas trabajadoras. Los Misioneros africanos tienen algunas escuelas y se consagran con abnegación á los trabajos apostólicos. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas despliegan en la educación é instrucción de los hijos del pueblo un admirable celo, que se ve recompensado por la afluencia de gran número de adolescentes á sus establecimientos de enseñanza.

Las Hermanas de San Vicente de Paúl se conducen como verdaderas heroínas de la caridad. Los enfermos de los hospitales son testigos de su abnegación, y los huérfanos y niños abandonados reciben de ellas maternales atenciones.

Nadie piensa en Egipto en secularizar los hospitales, porque se sabe que la abnegación, de las enfermeras laicas es siempre excepcional, mientras que la de las Hermanas de la Caridad es profesional.

Colegios para todas las clases de la sociedad, círculos, bibliotecas, escuelas profesionales, orfanatos, asilos de niños abandonados, hospitales, instituciones caritativas de todo género, he ahí las obras con que la influencia católica y francesa se ha conquistado en Egipto las simpatías generales y la afección del pueblo.

Australia.—*La cuestión obrera.*—*Progresos del Catolicismo.*—*La Iglesia y el pueblo.*—Un periodista extranjero ha visitado á Su Eminencia el Cardenal Morán, á fin de conocer sus impresiones sobre el desarrollo del Catolicismo y el movimiento social y económico en Australia. De las manifestaciones hechas por el ilustre y prestigiosísimo Prelado australiano tomamos lo siguiente:

«Entre nosotros, ha dicho el Cardenal, no hay cuestión democrática. No es solamente la palabra lo que se acepta, sino la cosa misma con toda su substancia.

«Hay una ley que fija en ocho horas el máximo de la duración del trabajo diario: lo que pasa de este límite debe pagarse á razón de un shelling (un franco 25 céntimos) por hora. También está determinado el mínimo de salario, que es de cinco shellings (6'25 francos), pero los obreros hábiles llegan á ganar diez shellings. El arbitraje obligatorio está organizado desde hace un año, y por su medio se resuelven pacíficamente los conflictos entre el capital y el trabajo. Se conceden pensiones obreras de más de dos libras esterlinas por mes (unos 55 francos), á los trabajadores que reúnan estas dos condiciones: 60 años de edad y 25 de residencia en el país.

«Los obreros habitan fuera de las ciudades. Por la mañana y por la tarde servicios especiales de tranvías de vapor y eléctricos los llevan al trabajo y les permiten volver rápidamente á sus hogares. Estas facilidades favorecen en alto grado la normalidad y la vida de familia.

«En esta sociedad así constituida, el Catolicismo se desarrolla de una manera visible. En la costa oriental, llamada Nueva Gales del Sur, se elevaba en 1891 á la cifra de 286,911; hoy son 347,308. En la diócesis de Sidney había en 1884, 99,000 católicos; actualmente hay 163,000. Estas cifras son tanto más notables, cuanto que en los diez últimos años un gran número de católicos han abandonado el país de Nueva Gales del Sur para ir á las minas de oro de la Australia Occidental y del Africa del Sur.

«La razón principal de esta prosperidad, que es verdaderamente consoladora porque se trata de católicos prácticos, es la unión estrecha entre el clero y el pueblo. El Estado garantiza únicamente la libertad. La organización del culto, la subsistencia del clero, las obras de enseñanza y de caridad corren á cargo de los fieles. La Iglesia vive de oblaciones voluntarias. En Sidney, el número de parroquias se ha elevado desde el año 1884, de 41 á 68. Durante el mismo tiempo se han construido 110 iglesias y más de 300 edificios para instituciones de enseñanza ó de caridad. Si se tiene en cuenta que los católicos no pertenecen en su mayoría á las clases más afortunadas, se comprenderá qué grado de generosidad y qué espíritu de fe suponen tales sacrificios.

«Su generosidad es perfectamente espontánea, y esto nace también de la causa antes indicada: de la unión íntima del clero con el pueblo. Los sacerdotes invitan al pueblo á estudiar con ellos los proyectos que les parecen conducentes al mayor bien religioso y moral. Cuando se ha pensado en uno de ellos, por ejemplo, la creación de una nueva escuela, el párroco anuncia en la plática dominical que por la tarde se ha de celebrar una reunión en local y horas determinados, y les invita á asistir á ella. Allí cada uno emite su opinión sobre el proyecto anunciado, se discuten familiarmente las condiciones de su ejecución, se calcula los gastos que ha de ocasionar, y se piensa en la manera de reunir los recursos necesarios. Así cada uno se siente miembro activo de la Iglesia, ligado á ella por un vivo sentimiento de solidaridad cristiana, se interesa por su desarrollo, y toma su parte de responsabilidad en sus éxitos y en sus fracasos.

«Hay allí un partido obrero que responde á la idea de que los políticos de profesión no tienen la competencia necesaria para tratar las cuestiones del trabajo y al deseo que anima á los obreros de velar directamente por sus intereses, pero ese partido no se ha formado á impulsos de violentos antagonismos contra el capital. No se deja llevar por vagas teorías generales. Su objetivo son reformas precisas, medidas concretas en favor de la clase obrera. Este es un movimiento de clase, no una lucha de clase.

«Ciertamente, ha dicho el Cardenal Morán, si nosotros mostráramos aversión hacia el movimiento obrero haríamos la Iglesia impopular y alejaríamos de ella á las masas laboriosas. Pero no es oportunismo nuestra actitud benévola, ni constituye una especie de táctica apostólica. Vemos con sincera complacencia la ascensión de las clases populares. Queremos levantarlas más y más, y todo lo que favorezca su engrandecimiento encontrará en nosotros la mayor y más profunda simpatía.»

Japón.—La marina militar japonesa desplaza doscientas veinte mil toneladas.

Después de la guerra con China se han construido en Inglaterra, por cuenta del Japón, seis acorazados, y el último de ellos, el «Mikasa», es no sólo el mayor, sino el de más poderoso armamento que existe en el mundo.

El «Fuji» y el «Yashima» simbolizan todas las buenas cualidades del inglés «Royal Sovereign», y le aventajan algo en velocidad.

El «Shikishima», «Hatsuse» y «Asahi» parecense muchísimo al «Majestic», aunque teniendo más extendida la coraza.

Esos seis espléndidos acorazados alcanzan 18 nudos de velocidad.

Con su escuadra el Japón debe proteger aproximadamente 4.000 millas de costa y 796,940 toneladas de marina mercante.

Juicio sobre Zola.—Anda muy alborotado el mundo literario francés con un juicio que acaba de hacer sobre Zola el afamado novelista polaco, Enrique Sienkiewicz, autor del *Quo Vadis?* Los amigos de Zola tratan de gazarlo y beato á Sienkiewicz, mientras que los adversarios se deleitan diciéndole que el juicio echa por tierra la creencia de que el realismo de Zola es la encarnación literaria y filosófica de Francia en el extranjero. Dice el novelista polaco: «Quien se tome la molestia de analizar las mujeres que figuran en los libros de Zola, encontrará que noventa y cinco por ciento de ellas son criaturas abandonadas. Semejante literatura de exageraciones, mentiras y amor á la suciedad constituye una calumnia para la vida nacional de Francia.»

Una isla que desaparece.—El profesor William E. Ritter, de la Universidad de California, asegura que la isla de Santa Catalina, el sitio de recreo tan afamado, se sumerge poco á poco entre las olas del Pacífico. El observador calcula que la isla está actualmente 270 pies más bajo que antes. Según parece, se efectúa aún aquel movimiento, mientras que la costa de la tierra firme de California, en frente de la isla, se eleva gradualmente por las partículas de tierra que acarrea el Océano, llevándolas de la isla de Santa Catalina y de otras partes.

BIBLIOGRAFÍA

LOS MANDAMIENTOS *explicados según la doctrina y las enseñanzas de la Iglesia católica*, por el R. P. Arturo Devine, pasionista, traducción del inglés por Juan Gili.—Con método que encanta por su sencillez, con claridad capaz de desvanecer toda duda, de satisfacer aún á las conciencias que sufren el torcedor del escrúpulo, el P. Devine, después de completa y bien meditada introducción que trata en general de *la ley de Dios* y de *el Decálogo*, expone uno por uno los diez Mandamientos. Pocas obras creemos se encuentren que resuman mejor y de manera más completa materia tan compleja y difícil. El primer Mandamiento, cuya explicación se divide en nueve capítulos, comprende: la virtud de la religión y el culto de Dios; veneración é invocación de los Santos, de los Angeles y de la Santísima Virgen; veneración piadosa de las reliquias; culto de las imágenes: *Prohibiciones del primer mandamiento*: los pecados opuestos á la Religión; la adivinación, el mesmerismo, el espiritismo, el hipnotismo, la vana observancia, la magia, la brujería y la irreligión. Cada uno de estos subtítulos ó secciones esta expuesto con toda la amplitud que requiere para su perfecta inteligencia, de manera que de la obra afirma, y con sobradísima razón, un distinguido crítico agustino, que es «una moral completa».

Cuanto decimos del *Primer mandamiento* deberíamos decirlo de los demás, pues en nada desmerecen, sino que, completo cada uno y adornado de las mismas cualidades que el primero, forman juntos una obra que merece ser leída y estudiada, que será excelente consejero para los fieles, y amigo de gran valía para los sacerdotes.

ECOS DE MI FE, colección de artículos debidos á la bien cortada pluma del conocido escritor católico D. Valentín Gómez, y editados con singular buen gusto por los señores González y Compañía, editores pontificios, de Barcelona. Libro es el que me ocupa de los que abre uno al azar, empieza á leer y no sabe interrumpir la lectura hasta haber acabado el artículo, escrito en elegante estilo, pues todos los que forman la colección son amenos, sugestivos, y cuanto dicen está dicho de tal manera, con tal arte, que despiertan interés creciente y hace que bien puedan ser comparados á, por ejemplo, las *Conferencias* del P. Van Trich, ó á las *Fisonomías de Santos* de Ernesto Hello.

«No trato, dice el autor en la introducción, no trato de convencer. Sería para mí harta recompensa que cualquiera de estas páginas hiciese latir el corazón de un lector olvidadizo de su bautismo, y volviendo los ojos arriba exclamara como el hijo, pródigo: «¡Oh, Padre mío!»

Los títulos de los artículos que forman la colección son los siguientes: Un Obrero patrono de la Iglesia; Del amor; Los muertos; A través de los siglos; La Salve; La última visión de Pilatos; El primer sueño de Jesús; ¡Tierra!; Mi reloj; El escudo; El veterano; Caer en la cuenta y El municipio cristiano.

Adornan al libro numerosas ilustraciones originales del conocido dibujante Sr. M. Durán.

DE MI VIÑA, *poemas de M. Morera y Galicia*.—*Ilustraciones de D. Gili y Roig*.—Volumen vigésimosegundo de la Colección *Elzvir* editada por la casa Gili, de Barcelona.—Morera, el á mi entender catalán de los actuales, que mejores versos castellanos escribe, es ya de todos ventajosamente conocido por su tomo *Poemas*, publicado hace cuatro ó cinco años, y del que hasta el difícil de contentar Antonio de Valbuena, hizo justos y merecidos elogios.

«Las composiciones del Sr. Morera, dice Valbuena, no son cádáveres afeitados y pintados con mala mano y con peor gusto... sino que tienen vida y movimiento y gracia.

«El Sr. Morera no anda buscando con mil afanes la palabra necesaria para rematar ó rellenar su verso... dando al fin con la peor y con la que más imperfectamente expresa la idea; sino que á su sentimiento responde fácilmente la expresión sensible y adecuada.

«...Leyendo los versos de Morera se hace el lector la ilusión de

que todo aquello es suyo, cree que para expresar los mismos pensamientos se le hubieran ocurrido á él las mismas palabras. Tal es la naturalidad con que se expresa casi siempre, naturalidad que tiene entre otras ventajas la de hacer que resalte más la belleza del pensamiento...»

Y para probarlo copiaba Valbuena algunas estrofas del tomo *Poemas*, y también para probarlo podría yo copiar no estrofas, sino composiciones enteras del nuevo volumen que con el título *De mi Viña*, y formando, como el primero, parte de la Colección *Elzvir*, ha editado con el buen gusto que le caracteriza la casa Gili, de Barcelona.

¡Qué encanto, qué sentimiento de tristeza, pero de tristeza real respira, por ejemplo, el poemita *La Gusana!* una buena mujer, la Rosalía, fea, pobre, sin padres, vió de niña deslizarse su vida monótona y triste en mísero villorrio: no tenía amigos, todos la despreciaban, todos la miraban con repulsión porque era tan fea. Cuando joven soñaba amores y veía con envidia volar en el emparrado de su huerta,

...una pareja de gorriones
que así, como por juego, se escondían,
volaban otra vez, se perseguían,
chillaban locamente
y después de carreras y aleteos
y de andar en risueños picoteos,
volaron á la par derechamente
á una zarza vecina y sin ruido
se metieron juntitos en un nido.

De entonces, exclama la pobre fea,

se llenaron mis sueños de gorriones.

Un día llegósele un joven campesino y le dijo que la amaba,

y en tanto que asombrada, muda y tiesa
me deleitaba en la feliz sorpresa,
él se echó á un lado, rebuscó en el suelo
y volviendo hacia mí, loco de risa,
me escondió una luciérnaga en el pelo...

El joven cayó soldado, y al irse á ciudad ella salió al camino para darle el último adiós...

Dos meses no cumplidos
duró el hermoso sueño de su vida:
dos meses de vibrarle en los oídos
la voz de aquella breve despedida;
dos meses de añoranza,
¡dos meses de querer, con la esperanza
y la dulce ilusión de ser querida!...
dos meses que acabaron
como si el cielo se viniese á tierra,
la tarde que en el pueblo le contaron
que á Pablo los carlistas lo mataron
en la maldita guerra.

Y desde aquella tarde *la nube inacabable de tristeza* invadió el corazón de Rosalía, y sólo le distraía contemplar á lo lejos entre cielos y tierra una imagen seductora.

Y otra cosa también la deleitaba;
y era ir de noche rebuscando el suelo,
y todas las luciérnagas que hallaba
se las iba enredando por el pelo.

Y esto se supo, se charló en la aldea,
y se burlaron de la pobre fea
que buscaba, por ansia de casarse,
gusanillos de luz con que adornarse
—Y véle ahí, me declaró la anciana,
el por qué me llamaron *La Gusana*.

Nada de efectos rebuscados, de frases estudiadas, todo natural, con naturalidad hermosa que acrecienta los encantos de la relación. Claro que quizás resultara más sentida la historia de aquella vida, monótona cadena de desprecios, de anonadamiento, de soledad, sin las preguntas del caballero de ciudad á quien la Rosalía se lo cuenta todo; claro que quizás aquel final, *ya se pudre en la tierra... ya he caído*, podría ser... otro final: pero sin embargo el poemita es hermoso, es sentido y es sencillo, y á mí me gusta como me gustan todos los de Morera.

Y las cualidades de *La Gusana* brillan también en *Epitalamio* y en los demás poemas.

Y si de los poemas cortos ó pequeños pasamos á las composiciones sueltas, descubrimos en ellas el poeta y admiramos la hermosa manera de describir, rica, fluida, sencilla, peculiar, característica, que pinta con una frase, no amoldada al verso sino concebida en verso, un carácter, un paisaje sencillo, humilde, pequeño, pues, Morera lo dice:

pues á mí lo pequeño me enamora.

Citaré de las composiciones sólo *Mater dolorosa*:

Se sabe que ya embarcó,
se sabe que está viniendo
y aunque se sabe también,
que si vuelve es por enfermo,
á su madre la alegría
no le coge en todo el cuerpo.

Llegó el vapor que trae enfermos, y llegó al pueblo el tren, y un abrazo supremo confundió á madre é hijo...

Pero al cabo, ya saciada
la primera sed de besos,
toma la madre en sus manos
la cabeza del enfermo
para clavarle en los ojos
que no ha visto en tanto tiempo;
y así que la aparta un poco
se le hiela el movimiento
al sentir que se le escapa
de los manos aquel cuerpo...
que ni mira, que ni habla,
que ni alienta, ¡Dios eterno!

Y, en los brazos delirantes
que lo recogen del suelo,
forman religioso grupo
la madre y el hijo muerto.

Y basta, porque de querer podría sin que desdijeran copiar casi todas las poesías de la colección, en las que hay pensamientos tan hermosos como el que afirma

que el dolor no es dolor, si en cada espina
se siente algo de Cruz,

y como el de la cuarteta final de la composición titulada *Triste*:

No es más triste, en verdad, el campo yerto,
crispado y mudo, que esa gente enteca,
sin sangre, amor ni fe, como árbol muerto...
que aún vale mucho más que una alma seca.

Este es Morera. El volumen *De mi viña*, que hoy nos ocupa, en nada desmerece, repito, del que con el título *Poetas*, mereció el elogio de cuantos les precian (y éstos son, en general, los buenos), ó se precian (y éstos son, en general, los malos) de críticos.

M. C. y G.

VARIEDADES

EL PESCADORCITO HURASHIMA

Vivía, muchísimo tiempo hace, en la costa del mar del Japón, un pescadorcito llamado Hurashima, amable muchacho, y muy listo con la caña y el anzuelo.

Cierto día salió á pescar en su barca, pero en vez de coger un pez, ¿qué piensas que cogió? Pues bien, cogió una grande tortuga con una concha muy recia y una cara vieja, arrugada y fea, y un rabillo muy raro. Bue-

no será que sepas una cosa, que sin duda no sabes, y es que las tortugas viven mil años: al menos las japonesas los viven.

Urashima, que no lo ignoraba, dijo para sí:

—Un pez me sabrá tan bien para la comida, y quizás mejor, que la tortuga. ¿Para qué he de matar á este pobrecito animal y privarle de que viva aún noventa y nueve años? Nó, no quiero ser tan cruel. Seguro estoy de que mi madre aprobará lo que hago.

Y en efecto, echó la tortuga de nuevo al mar.

Poco después aconteció que Urashima se quedó dormido en su barca. Era tiempo muy caluroso de verano, cuando casi nadie se resiste al mediodía á echar una siesta.

Apenas se durmió salió del seno de las olas una hermosa dama, que entró en la barca y dijo:

—Yo soy la hija del dios del mar, y vivo con mi padre en el palacio del Dragón, allende los mares. No fué tortuga la que pescaste poco ha, y tan generosamente pusiste de nuevo en el agua en vez de matarla. Era yo misma, enviada por mi padre, el dios del mar, para ver si tú eres bueno ó malo. Ahora, como ya sabemos que eres bueno, un excelente muchacho, que repugna toda crueldad, he venido para llevarte conmigo. Si quieres, nos casaremos y viviremos felizmente juntos, más de mil años, en el palacio del Dragón, allende los mares azules.

Tomó entonces Urashima un remo y la princesa marina otro; y remaron, remaron, hasta arribar, por último, al palacio del Dragón, donde el dios del mar vivía é imperaba, como rey, sobre todos los dragones, tortugas y peces. ¡Oh, qué sitio tan ameno era aquel! Los muros del palacio eran de coral; los árboles tenían esmeraldas por hojas y rubíes por fruta; las escamas de los peces eran plata, y las colas de los dragones oro. Piensa en todo lo más bonito, primoroso y luciente que viste en tu vida, ponlo junto, y tal vez concebirás entonces lo que el palacio parecía. Y todo ello perteneció á Urashima. Y ¿cómo no si era yerno del dios de la mar y marido de la adorable princesa?

Allí vivieron dichosos más de tres años, paseando todos los días por entre aquellos árboles con hojas de esmeraldas y frutos de rubíes.

Pero una mañana dijo Urashima á su mujer:

—Muy contento y satisfecho estoy aquí. Necesito, no obstante, volver á mi casa y ver á mi padre, á mi madre, á mis hermanos y á mis hermanas. Déjame ir por poco tiempo y pronto volveré.

—No gusto de que te vayas, contestó ella. Mucho temo que te suceda algo terrible; pero vete, pues si así lo deseas y no se puede evitar. Toma, con todo, esta caja, y cuida mucho de no abrirla. Si la abres, no lograrás nunca volver á verme.

Prometió Urashima tener mucho cuidado con la caja y no abrirla por nada del mundo. Luego entró en su barca, navegó mucho, y al fin desembarcó en la costa de su país natal.

Pero ¿qué había ocurrido durante su ausencia? ¿Dónde estaba la choza de su padre? ¿Qué había sido de la aldea en que solía vivir? Las montañas, por cierto, estaban allí como antes; pero los árboles habían sido

cortados. El arroyuelo, que corría junto á la choza de su padre, seguía corriendo; pero ya no iban allí mujeres á lavar ropa como antes. Portentoso era que todo hubiese cambiado de tal suerte en sólo tres años.

Acertó entonces á pasar un hombre por allí cerca, y Urashima le preguntó:

—¿Puedes decirme, te ruego, dónde está la choza de Urashima, que se hallaba aquí antes?

El hombre contestó:

—¿Urashima? ¿Cómo preguntas por él si hace cuatrocientos años que desapareció pescando? Su padre, su madre, sus hermanos, los nietos de sus hermanos, ha siglos que murieron. Esa es una historia antigua. Loco debes estar cuando buscas aún la tal choza. Hace centenares de años que era escombros.

De súbito acudió á la mente de Urashima la idea de que el palacio del Dragón, allende los mares, con sus muros de coral y su fruta de rubíes y sus dragones con colas de oro, había de ser parte del país de las hadas, donde un día es más largo que un año en este mundo, y que sus tres años, en compañía de la princesa, habían sido cuatrocientos. De nada le valía, pues, permanecer ya en su tierra, donde todos sus parientes y amigos habían muerto, y donde hasta su propia aldea había desaparecido.

Con gran precipitación y atolondramiento pensó entonces Urashima en volverse con su mujer, allende los mares. Pero ¿cuál era el rumbo que debía seguir? ¿Quién se lo marcaría?

—Tal vez, caviló él, si abro la caja que ella me dió, descubra el secreto y el camino que busco.

Así desobedeció las órdenes que le había dado la princesa, ó bien no las recordó en aquel momento, por lo trastornado que estaba.

Como quiera que fuese, Urashima abrió la caja. Y

¿qué piensas que salió de ella? Salió una nube blanca que se fué flotando sobre la mar. Gritaba él en balde á la nube que se parase. Entonces recordó con tristeza lo que su mujer le había dicho de que, después de haber abierto la caja, no habría ya medio de que volviese él al palacio del dios del mar.

Pronto ya no pudo Urashima ni gritar, ni correr, hacia la playa, en pos de la nube.

De repente sus cabellos se pusieron blancos como la nieve, su rostro se cubrió de arrugas y sus espaldas se encorvaron como las de un hombre decrepito. Después le faltó el aliento. Y al fin cayó muerto en la playa.

¡Pobre Urashima! Murió por atolondrado y desobediente. Si hubiera hecho lo que le mandó la princesa, hubiese vivido aún más de mil años.

Dime: ¿no te agradecería ir á ver el palacio del Dragón, allende los mares, donde el dios vive y reina como soberano sobre dragones, tortugas y peces, donde los árboles tienen esmeraldas por hojas y rubíes por fruta, y donde las escamas son plata y las colas de oro?

J. V.

SUBSCRIPCIÓN

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

J. S., de Barcelona.	6 ptas.
José Cendrós, de Valldaqués.	2 »
Lucio González, de Agullent.	125 »

Para la Misión del P. José M.^a Vila, misionero del Chang-tung Septentrional (China)


Limosnas entregadas por el reverendo Padre Director de la Venerable Orden Tercera Capuchina, de Olot, total.	21 »
--	------

Enrique Sienkiewicz

AUTOR DEL QUO VADIS?



¡SIGÁMOSLE!

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica 

EL procónsul calló breves momentos, y luego en voz muy baja, cual si hablara consigo mismo, prosiguió:

—Entre todas las cosas la que más odio es la exageración. Me basta oírla nombrar para sufrir todo el día... La moderación, el justo medio... ello es lo prudente, lo sabio... ¡Y creo que en toda la tierra no existe pueblo que lo practique menos que éste!... ¡Y me fastidia! ¡y me desespera! Siempre lu-

chando sin que me brinden una hora de calma ni los hombres ni la naturaleza. ¿No la veis? es primavera, y las noches son frías y los días tan ardientes que las piedras os queman los pies. Faltan largas horas para llegar al mediodía y el aire es cálido, asfixiante...

¿Y los hombres? mejor será que no hablemos de los hombres... Antes que en Jerusalén preferiría vivir... En fin... reanudemos nuestra primera conversación... Id á ver el



Los soldados del procónsul encargados de abrir paso á través de la multitud

suplicio. Estoy convencido de que este Nazareno morirá heroicamente... Le mandé azotar esperando salvarle de la muerte... ¡porque, creedme, no soy cruel!

Recibió los azotes paciente como cordero y bendiciendo á la humanidad. ¡Al sentir que de las heridas manaba sangre levantó los ojos al cielo... oraba!!!

¡Es el más extraordinario, el más admirable de cuantos hombres he conocido!... Desde que le azotaron mi mujer me importuna repitiendo: «No es posible que permitas la muerte de ese justo.» ¡Yo! ¿y qué anhelo sino salvarle? Dos veces abandoné el Pretorio: dos veces hablé á esos sacerdotes feroces, á esa turba miserable... A una voz, desencajado el rostro, aullando cual energúmenos, sólo han sabido contestar: «¡Crucifícale!»

—¿Y cediste? preguntó Cinna con energía.

—De no ceder en Jerusalén estalla espan-

tosa revuelta... y yo estoy aquí para mantener el orden. ¡El deber ante todo!... No amo las exageraciones; tampoco amo á la muerte... Pero cuando he tomado una resolución, no titubeo en sacrificar la vida de un hombre en pro del bien público... y más aún si el tal hombre es un desconocido de quien nadie vendrá á pedirme cuentas... No es ciudadano romano... tanto peor para él.

—¿Crees acaso que sólo para Roma nace el sol? murmuró Anthea.

—Divina, le contestó el procónsul, podría responderte que en toda la tierra el sol al brillar sólo encuentra romanos; que él es la aureola del poder romano, y que es deber sacrificarlo todo á la felicidad de Roma... ¡Las revueltas debilitan nuestra autoridad!... Permítame te ruegue no me obligues á revocar la sentencia. Cinna te dirá que es imposible, y que el Emperador es el único que tiene poder para tanto... Yo, aunque quisiera, no podría... ¿Verdad, Cayo?

—Es verdad.

Tales palabras causaron en Anthea visible tristeza, que reflejóse en su rostro, y la obligó á murmurar:

—¡Entonces un inocente puede ser torturado y muerto!

—En el mundo no hay inocentes, contestó Pilatos. Este Nazareno no ha cometido el menor delito... bueno; yo, como procónsul, me lavé las manos. Pero como filósofo condeno su doctrina. Hablé con El y me convencí de que enseña cosas extraordinarias, inauditas.

Afirma que el mundo existe por la sabiduría y moderación... Claro que ni yo ni nadie se atreverá á negar que la virtud es útil... Los estoicos que enseñan á recibir con indiferencia las adversidades, no exigen como El la renuncia de todo, desde las riquezas hasta la comida cotidiana... ¡Pedir tanto es demasiado!

Dime, Cinna, tú que eres sabio, ¿qué dirías de mí si un día sin motivo alguno regalara este palacio, que hoy habitáis, á los vagabundos harapientos que se calientan al sol cabe á la puerta de Job?...

Esto ó algo parecido es lo que el Nazareno exige á sus discípulos.

Enseña también que los hombres todos debemos amarnos como hermanos; judíos y romanos, romanos y egipcios, egipcios y afri-

canos... todos... En fin, que al oír tal disparate me cansé.

En presencia del tribunal, en aquellos instantes decisivos que eran para El de vida ó muerte, su actitud era digna, noble; dijérase que no le juzgaban: ¡enseñaba y oraba! ¿Cómo podía salvar á quien al parecer no le preocupa salvarse?

Cuanto enseña lo practica...

Se proclama Hijo de Dios. Destruye los fundamentos sobre que descansa nuestra sociedad. ¡Poco se lo agradecerán los hombres!

Yo, como hombre, protesto de su doctrina. Aun suponiendo que no tenga fe alguna en los dioses, asunto este que sólo á mí me incumbe, admito la necesidad de una religión. Y la defiendi públicamente, porque opino que la religión es para los hombres el freno más excelente... Los caballos deben atarse al carro y precisa atarlos bien... Además la muerte debe asustarle poco al Nazareno, porque afirma que resucitará.

Cinna y Anthea se miraron sorprendidos.

—¿Resucitará?

—Dentro tres días, ¡ni más ni menos! Así lo enseñan sus discípulos. Se me olvidó preguntárselo... Pero vamos, poco importa, pues la muerte desata las promesas... Y aun cuando no resucite nada perderá porque, según su doctrina, la verdadera felicidad y la vida verdadera empiezan después de la muerte... Lo afirma con entereza y convicción, como hombre que tiene la certeza absoluta de que lo que anuncia se cumplirá... En su reino brilla una luz más pura, más hermosa que la luz del sol; y dice que cuanto más padeciereis en la tierra tanto mayor será vuestra dicha allá, allado opuesto. ¡Basta amar, amar mucho, amar siempre!

—Extraña doctrina; dijo Anthea.

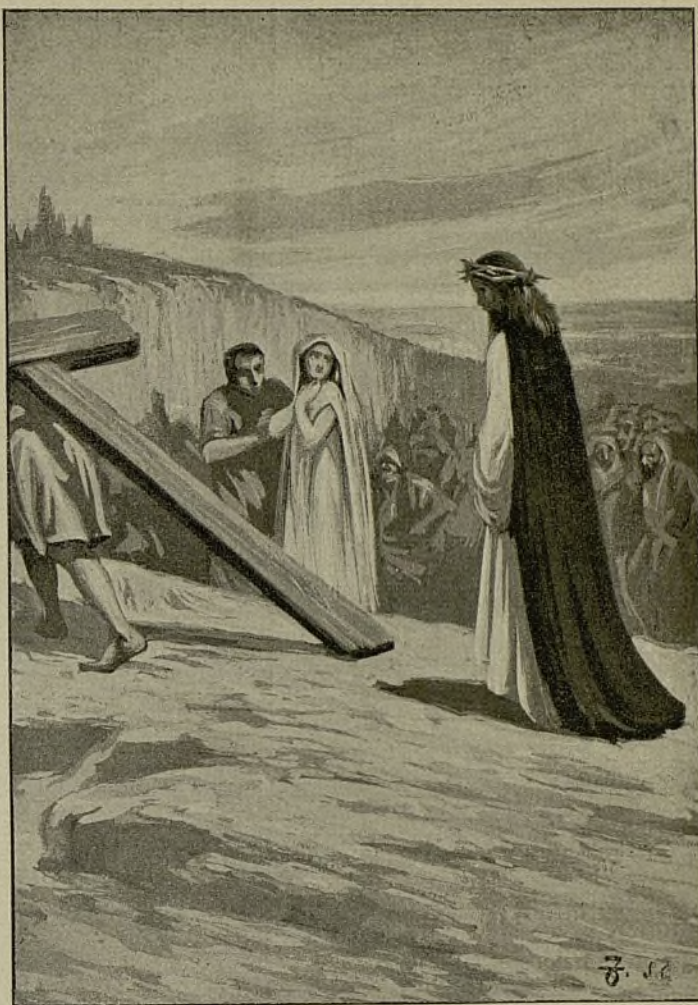
—¿Y el populacho gritaba: ¡Crucifícale! preguntó Cinna.

—A mí no me sorprende, contestó Pilatos... el alma de este pueblo es el odio... y el odio pide siempre víctimas de amor.

Anthea pasóse por la frente su mano diáfana y preguntó:

—¿Entonces este Nazareno tiene la convicción de que después de muerto se vive y se puede ser feliz?

—Sí, y en consecuencia no teme ni la cruz ni la muerte.



¡Tú eres la verdad! murmuraban los labios temblorosos de Anthea.

—¡Cinna, que fe tan hermosa!

Y tras un momento de silencio preguntó:

—¿Cómo sabe todo esto ese Justo?

—Pretende saberlo del Padre de todos los hombres. Este Dios es para los judíos lo que Júpiter para nosotros, pero el Nazareno enseña que es á la vez Uno y Trino... y que es misericordioso.

—¡Qué hermoso, Cayo! repetía la enferma.

Cinna entreabrió los labios cual si fuera á contestar... pero siguió en silencio.

La conversación quedó interrumpida.

Pilato recordando, sin duda, la doctrina del Nazareno, sacudía la cabeza y levantaba los hombros.

Momentos después se levantó y despidióse de Cinna y Anthea diciéndoles:

—Hasta luego.

Entonces Anthea abandona su litera y exclama:

—¡Cinna, yo quiero ver á este Nazareno!

—Apresuraos, dice Pilatos retirándose, pues el cortejo va á salir.

OBRAS NUEVAS

ECOS DE MI FE

Colección de artículos, por D. Valentín Gómez, ilustraciones de M. Durán.—Precio: 2 ptas. el ejemplar.

BIBLIOTECA BLANCA

Lecturas *inéditas* de los mejores autores nacionales y extranjeros, formando una colección de volúmenes ilustrados que aparecerán mensualmente: tomo I.

LA REJA DEL ARADO

por Pierre L'Ermite, ilustraciones de M. Durán.—Precio: 2 ptas. el ejemplar.

DE MI VIÑA

Colección de poesías originales de M. Morera y Galicia, ilustraciones de B. Gili y Roig: volumen XXII de la Biblioteca Elzevir.—Precio: 2 ptas. en rústica.

LOS MANDAMIENTOS EXPLICADOS

según la doctrina y las enseñanzas de la Iglesia católica, por el R. P. Arturo Devine, pasionista. Traducción directa del inglés, por J. Gili Montblanch. Con licencia del Ordinario.—Un magnífico tomo en 8.º mayor de 594 páginas, de nutrida lectura, 5'50 ptas. en rústica, y 6'50 encuadernado en tela.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

NUEVA ESTAMPA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Tamaño 14x8 impresas en papel mate superior y adornadas con filete dorado. Acompaña cada una devota oración. Son reproducción de piadosos y artísticos cuadros.

Se venden al precio de todas las de la colección á 3 ptas. el ciento, y 25 el millar. Por correo y en paquete certificado, 25 cént. más.

Librería y Tipografía Católica, Pino, 5, Barcelona.

EL EQUILIBRIO EN LA JERARQUÍA INDUSTRIAL.

Carta que escribe á los amos y obreros industriales de su jurisdicción el Obispo de Vich.—A 10 cént. ejemplar, y 8 ptas. el ciento.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, núm. 5, Barcelona.

BARTEK EL VICTORIOSO.

Original del célebre escritor polaco autor del QUO VADIS...? (1)

ENRIQUE SIENKIEWICZ

Traducida por M. C. G.

«BARTEK EL VICTORIOSO, escribe el distinguido crítico Halperine-Kaminsky, es á mi entender superior á la mayor parte de los grandes escritos de Sienkiewicz algunos de los cuales son quizás más conocidos y encomiados.»

Con el incomparable arte que le caracteriza describe Sienkiewicz la funesta influencia que la guerra franco-prusiana, que los alemanes, los poderosos opresores de una parte de la antigua y gloriosa Polonia, ejercieron y ejercen sobre los polacos, cuyas virtudes pondera y cuyos defectos señala. Bartek, hombre honrado, probo, excelente padre y esposo, va á la guerra, y ésta y los malos ejemplos de los alemanes le vuelven vicioso, fático é incansable bebedor. En uno de los capítulos de la novela describe la manera arbitraria como los profesores alemanes tratan á los niños polacos, y la condena con valentía igual á la de su última carta, que le ha valido el ser procesado por el Gobierno alemán.

La adornan 18 preciosas láminas impresas en papel mate y dibujadas ex profeso por los Sres. R. Opisso, J. Coll Salietí, A. Femenía y E. Taltavull.

Se vende al precio de 2'50 ptas. en rústica.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

(1) Sienkiewicz, novelista polaco católico, ha escrito numerosas obras, algunas de las cuales por su realismo y por al traducirlas haber sido mutiladas ó alteradas con pérfida intención, no pueden ser de todos leídas: así, pues, nos permitimos aconsejar que no se lea obra alguna de este autor si no está aprobada por la Autoridad eclesiástica.

EN PRENSA

ESTAMPA DE LAS PROMESAS DEL SDO. CORAZÓN

Está imprimiéndose una nueva edición de dicha estampa á cuatro tintas, con orla dibujada ex profeso á tres tintas. El tamaño de la misma es de 50 cm. ancho por 33 alto, impresa en magnífica cartulina, destacándose en el centro de dicha estampa una preciosa imagen del Sagrado Corazón, pintada ex profeso por el R. P. F. Morell, S. J., y á ambos lados las promesas del Sagrado Corazón. Precio: 30 cént. una, y 25 ptas. ciento. Por correo y en paquete certificado, cada 50 estampas, 75 cént. más.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona